

INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE Y  
TÉCNICA Nº 81

**PROFESORADO EN HISTORIA**

CURSO INICIAL 2017

**“HISTORIA DE LOS  
MUNDOS ANTIGUOS”**



**ENCUENTRO N° 1:**  
**“LA HISTORIA ANTIGUA Y SU ABORDAJE”**  
**PROF. CAROLINA MENNILLI**  
**PROF. EDUARDO MADRIAZA**

¿Qué temas trataremos en este encuentro?

Para comenzar nos ocuparemos de:

- 1) las concepciones acerca de la Historia y su estatus científico
- 2) los problemas teórico-metodológicos y conceptuales del estudio de la Historia Antigua.

¿Qué tengo que hacer previamente en casa?

Para puedas aprovechar mejor la actividad es muy importante:

- 1) leer atentamente el texto que aparece a continuación (“Recorrido por la historiografía de la historia antigua”)
- 2) identificar las ideas o conceptos que te parezcan más importantes y característicos de cada corriente.
- 3) redactar un breve resumen.
- 4) registrar por escrito toda duda o dificultad que surja de la lectura propuesta.

### ¿Qué actividades realizaremos en clase?

- 1) Compartiremos el resultado de la tarea hecha en casa
- 2) La docente ampliará el tema y responderá todas tus dudas
- 3) Tomaremos apuntes y haremos todas las consultas que sean necesarias

## RECORRIDO POR LA HISTORIOGRAFÍA DE LA HISTORIA ANTIGUA

La contribución de la Historia Antigua al aprendizaje de la Historia no sólo tiene interés porque aborda una etapa histórica sin la cual el proceso temporal de las sociedades humanas quedaría incompleto y, quizá, incomprensible, sino porque dispone también de valores específicos, tanto para la educación como para la propia comprensión de los fenómenos históricos. Un repaso a las escuelas y los autores que se han preocupado de reflexionar sobre estos valores específicos es imprescindible para analizar el problema de la ubicación de la Historia Antigua en el currículum.

### Las tendencias historiográficas de la Historia Antigua

Si el historiador formula sus teorías y adopta una metodología, es lógico pensar que han surgido múltiples teorías de la Historia, reflejo de las diversas concepciones ideológicas asumidas por los hombres. Un

estudiante de Historia debe conocer cómo se ha ido conformando la materia que va a ser su objeto de estudio. En otras palabras, cómo, a través del tiempo, se ha relacionado el hombre con la Historia.

La historiografía (o estudio de los métodos, escuelas e interpretaciones de los historiadores) se encuentra en íntima relación con la evolución histórica. La labor de los historiadores ha de considerarse en el contexto de los valores, ideas, posición social y política en que desarrollaron su trabajo. Quiere esto decir que a través de los tiempos el hombre ha escrito la Historia que estaba en condiciones objetivas de escribir.

La Historia es, sobre todo, evolución. Pero también evolución de la mentalidad, método y puntos de vista de los historiadores. Por ello, la Historia posee un carácter dinámico y abierto.

El historiador actual y el estudiante cuentan con un cúmulo de experiencias, de explicaciones y de síntesis procedente de un ingente trabajo anterior, en el que cada historiador aportó su pequeña parcela. Por tanto, hablaré de las principales aportaciones del pensamiento moderno y contemporáneo acerca de la filosofía y epistemología de la Historia.

Las distintas corrientes de pensamiento influyeron en la historia antigua, no sólo en la consolidación del concepto de Historia Antigua Universal, sino también en la renovación de métodos y técnicas de investigación. Ciertamente, la mayoría de los estudiosos de la Antigüedad no aportaron nuevas concepciones de la ciencia histórica, pero sus trabajos abrieron nuevas perspectivas en el campo de la historiografía.

Para comprender la renovación teórica y metodológica de la historia antigua conviene recordar las principales aportaciones de los estudiosos

de los últimos siglos, desde Gibbon hasta el recientemente fallecido Momigliano.

### La Ilustración

La mayoría de los ilustrados, influidos por el pensamiento renacentista, admiraron la cultura clásica a la vez que mostraban un enorme interés por los escritores latinos y griegos. Además, contribuyeron a apreciar el texto escrito como instrumento válido para demostrar y buscar la verdad de los hechos históricos. Montesquieu, en su “*Considerations sur les causes de la grandeur des romains et leur décadence*” (1734), tratará de explicar racionalmente los acontecimientos que llevaron a Roma al Imperio y después a la decadencia, o A. Niolf analizará detenidamente los poemas homéricos en “*Prolegómenos a Homero*” (1798), concluyendo que habían sido elaborados por distintos autores, tras haberse transmitido por vía oral a lo largo de generaciones antes de que fueran escritos. En el siglo XVIII, J. J. Winckelmann, gran conocedor de la literatura clásica, elaboró su “*Geschichte der Kunst der Altertums*” (Dresde, 1794), considerado el estudio de la evolución de los distintos estilos artísticos y no una historia del arte a partir de las biografías de los artistas. Su planteamiento resultó innovador, pero cometió errores al analizar las obras del arte antiguo. Ninguno de estos autores escribió una obra comparable a la de E. Gibbon, “*History of the Decline and Fall of the Roman Empire*” (Londres, 1776-1778); el historiador inglés partió de posturas antieclesiásticas y anticristianas heredadas de los ilustrados franceses para analizar "racionalmente" la caída del Imperio Romano, que relacionó con los orígenes y difusión del

cristianismo. Aunque Gibbon prescindió de los temas de la historia económica, llevó a cabo una gran tarea de erudición, consultando las fuentes originales, y su libro suele considerarse el primer trabajo "científico" sobre la historia antigua.

### El positivismo y la historia antigua en el siglo XIX

Los historiadores positivistas contribuyeron de forma decisiva al surgimiento y desarrollo de las técnicas y disciplinas que servían para analizar las fuentes. Gracias a su influencia, adquirieron importancia las llamadas ciencias auxiliares de la Historia. En lo referente a la historia antigua, se llevaron a cabo las grandes recopilaciones de textos de autores clásicos y aparecieron los grandes corpora de escritores griegos, latinos y cristianos. A pesar de las críticas que recibieron los positivistas, su concepción de la Historia y, en general, sus consideraciones acerca del trabajo del historiador, lograron una gran aceptación. La utilización de documentos, el interés por los temas políticos o la tendencia a realizar análisis psicológicos de los individuos, configuran una serie de elementos que aparecen en algunos trabajos de reciente publicación. Cito el "Mundo Griego" (479-323 a.C.) de S. Hornblower, editado en Madrid, 1985 (1ª ed., Londres 1983), fiel exponente del llamado neopositivismo. A la vez que se afianzan y consolidan los estudios de las llamadas ciencias auxiliares, en el siglo XIX aparecen una serie de historiadores de la Antigüedad difíciles de adscribir a una corriente historiográfica, cuyo trabajo renovó los métodos de análisis de la investigación histórica. Me estoy refiriendo, sobre todo, a E. Curtius y G. Grote, quienes elaboraron sendas Historias de Grecia; J. G. Droysen (1808-1884), quien acuñó el

término de helenismo, si bien su “Historia del Helenismo” ha sido muy criticada, dada su excesiva atención a las cuestiones políticas y la ausencia de un tratamiento crítico de las fuentes; B. G. Niebuhr, quien al utilizar de forma sistemática y crítica los documentos, proporcionó una nueva visión de la historia de Roma. Junto a éstos, sobresalen además D. N. Foustel de Coulanges, quien intentó explicar la evolución de las sociedades griega y romana a partir del fenómeno de la religión antigua y bajo la premisa de que "para conocer la verdad sobre los pueblos antiguos, conviene estudiarlos sin pensar en nosotros, como si fueran extraños". Y por último, señalaría a Th. Mommsen (1817-1903), que se situó en una postura opuesta, al servirse de la Historia Antigua para atacar el prusianismo, al contrario de lo realizado por Ranke. En su obra, el erudito alemán se revela un gran jurista y conocedor de la epigrafía y numismática antiguas, y sus investigaciones alcanzaron una gran difusión, contándose entre sus seguidores Marquardt, Hirschfeld, Burckhardt y estudiosos de toda Europa, incluida España.

### El materialismo histórico

La influencia del materialismo histórico se observará a partir del establecimiento de gobiernos socialistas, primero en la URSS y después en los países del Este tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Los historiadores marxistas mostrarán un gran interés por las sociedades antiguas; los fundadores del marxismo poseían amplios conocimientos de la cultura clásica, como se evidencia en el trabajo de F. Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado o el hecho de que C. Marx

realizase su tesis doctoral sobre la Filosofía materialista en Epicuro y Demócrito. En la Unión Soviética, poco tiempo después de la Revolución de Octubre, se produjo el cierre de los departamentos de Historia y Filosofía Clásicas, a la vez que se prohibían las enseñanzas del latín y del griego. Esta situación se inició en 1921. Sin embargo, en 1937 la creación de la revista *Vestnik Drevnej Istorii* impulsará las investigaciones históricas sobre la época antigua, apareciendo historiadores como S. I. Kovaliov, V. V. Struve, V. N. Diakov, M. S. Altman, S. L. Utchenko, entre otros. La obra de estos estudiosos refleja las tendencias oficiales emanadas del estalinismo, ya que tratan de aplicar mecánicamente los postulados del materialismo histórico. A pesar de las críticas vertidas sobre los historiadores soviéticos, en los últimos años se ha producido una profunda renovación en la historiografía de estos países. Se observa una mayor preocupación por los debates teóricos, por la colaboración con otras disciplinas, por una mayor atención a nuevos temas y por una nueva visión de las fuentes. Los trabajos de E. M. Staermann, G. Alföldy, T. Kotula o D. M. Pippidi muestran los avances de la historia antigua en la Europa del Este.

A la vez que se consolidaba el materialismo histórico en la URSS y países del Este, a lo largo del siglo XX esta corriente historiográfica alcanza también una extraordinaria difusión en las universidades de Europa Occidental. La escuela de Francfort, si bien desde unos planteamientos más críticos respecto al marxismo, influyó en ciertos historiadores, como se refleja en los primeros trabajos de M. I. Finley.

El pensamiento de A. Gramsci y de E. Sereni marcó a los marxistas italianos, entre los que destacan R. Bianchi Bandinelli, M. E.

Lepore o M. Mazza, quienes se expresan sobre todo en los “Dialoghi di Archaeología”.

En Inglaterra hay una tradición de historiadores marxistas, destacando V. Gordon Childe y B. Farrington, P. Cartledge y G. E. M. de Ste. Croix, quienes representan la corriente más ortodoxa del materialismo histórico. Finalmente, sobresale la universidad francesa de Besançon y su revista “Dialogues d'Histoire Ancienne”, centro de debates teóricos, donde se han producido avances notables de los métodos de investigación aplicados a la historia antigua. Cabe destacar la labor de J. P. Vernant, P. Vidal Naquet, C. Mosse y, sobre todo, E. Levêque.

### La escuela de Annales

La escuela de Annales impulsó la aplicación de métodos de trabajo innovadores, ejerciendo gran influencia en los historiadores del presente siglo. Pero, en el estudio de la época antigua, la influencia de Annales fue escasa en los primeros tiempos, apareciendo únicamente colaboraciones esporádicas, como las de G. Dumezil, L. Gernet o A. Piganiol. Sin embargo, y aunque en las últimas décadas comenzaron a publicarse artículos de M. I. Finley, C. Nicolet y P. Veyne, sólo en el año 1982 se publicó un número monográfico, dedicado a los problemas de la Antigüedad, bajo la dirección de F. Hartzog. En realidad, la escasa influencia de los planteamientos de M. Bloch y L. Febvre en los estudiosos de la época antigua se debe atribuir al hecho de que éstos ya se habían adelantado a las propuestas emanadas de Annales, como señala G. Barraclough: "El programa general trazado por Bloch y Febvre culminaba, así, en una reafirmación del carácter científico del trabajo

histórico en contraste con el sesgo intuitivo, subjetivo y anticientífico del historiador alemán".

### Tendencias actuales

Aunque la revista y la escuela de los Annales han marcado a la mayoría de los grandes historiadores de este siglo, W. Kula o P. Vilar, entre otros, no puede negarse que en los últimos años muestra una tendencia cada vez más acusada hacia el seudocientifismo. Entre otros aspectos, cabe mencionar el olvido del compromiso del historiador con la realidad presente, la constante marginación de la historia política. No obstante, el mayor problema radica en la ausencia de una teoría, que frecuentemente se confunde con propuestas metodológicas. Se pretende estudiar globalmente la sociedad a partir de un análisis pormenorizado de los elementos que configuran esa realidad social.

En ese sentido, la escuela de los Annales podía definirse como "un funcionalismo que ha tratado de reconstruir la Historia como el recurso a una mezcolanza, más o menos bien condimentada de elementos tomados de diversas disciplinas (sociología, antropología, economía). Sus rasgos más visibles son el eclecticismo, una voluntad globalizadora y un esfuerzo por la modernización formal. Baste recordar a S. Gissell y su *Histoire Ancienne de "l'Afrique du Nord"*, quien había mostrado ya interés por los estudios regionales, o a L. Gernet, quien también buscaba la colaboración entre la Historia y otras disciplinas, como la Antropología, antes de que se defendiese la interdisciplinariedad.

Por último, la necesidad de utilizar fuentes muy variadas en la investigación histórica fue llevada a la práctica por M. Rostovtzeff, que

mostró la utilidad de los textos escritos al investigar la sociedad y la economía de Roma y de los reinos helenísticos.

Merece la pena citar, asimismo, a S. Mazzarino, A. Momigliano y a M. I. Finley, correspondientes a las últimas décadas. Estos tres historiadores destacan por sus conocimientos sobre las sociedades antiguas, que les han permitido realizar notables trabajos sobre problemas teóricos e historiográficos, pero manteniendo posturas bastante independientes. En el caso de M. I. Finley, sus últimas obras reflejan tendencias claras por la sociología weberiana, como se manifiesta en su "Historia Antigua. Problemas metodológicos" (Barcelona, 1986).

El desarrollo de la historiografía en el siglo XX, en cualquier caso, ha de atribuirse a la escuela de los Annales y a las aportaciones de los autores vinculados al materialismo histórico. Sin embargo, como alternativa al marxismo, aparecieron otras corrientes de pensamiento, que contribuyeron a la renovación metodológica de la ciencia histórica. Debemos señalar, en primer lugar, la New Economic History (W. W. Rostow; S. Kutznets, Ch. A; Beard, A. H. y J. R. Meyer), escuela que pretende explicar las transformaciones sociales a partir de una teoría económica neoclásica. En segundo lugar, la sociología de M. Weber, que ha ejercido una enorme influencia en los historiadores al tratar de configurar "tipos ideales" aplicables a la investigación histórica, por lo que la Historia se convierte en una sociología con planteamientos funcionalistas. Y por último, el estructuralismo lingüístico, creado por Saussure, que ha sido adoptado por muchos estudiosos. Se trata de una técnica que "usa modelos, términos y símbolos como si se tratase de una parodia de la matemática". Por tanto, frente a la interdisciplinaridad defendida por L. Febvre, se ha producido una invasión en la Historia. En

los últimos años, historiadores franceses, opuestos a esa "agresión" que sufría la Historia, intentaron crear una nueva historia, más adecuada a las exigencias de la sociedad actual. J. Le Goff, P. Nora y M. Etienne pretendían una renovación de la Historia que la hiciese más atractiva para los profanos en la materia. Se buscaban nuevos temas de estudio como, por ejemplo, la vida cotidiana, tal y como hace P. Faure en su obra sobre la Creta minoica o las colonias griegas de la época arcaica. Se trata de planteamientos que alejan a la Historia de su carácter científico, pues la falta de documentos, en muchos casos, obliga a realizar interpretaciones poco rigurosas y de dudosa fiabilidad, como se desprende de los trabajos de P. Faure. Las aportaciones de las diversas escuelas historiográficas sirvieron para configurar las principales tendencias que predominan actualmente en los estudios sobre la época antigua. Gracias a la utilización de fuentes documentales variadas y a la aplicación de innovadores métodos de trabajo ha sido posible abordar el análisis de nuevos proyectos históricos y profundizar en el conocimiento de las sociedades antiguas.

L. Hernández Guerra. Departamento de Historia Antigua. Revista Iber.  
Universidad de Valladolid. 1995

**ENCUENTRO N° 2:**  
**“TEORÍAS ACERCA DEL POBLAMIENTO DE AMÉRICA”**  
**PROF. JUAN PALLARO**

¿Qué temas trataremos en este encuentro?

- 1) El paradigma Clovis en el siglo XX.
- 2) Teorías alternativas al poblamiento de América.
- 3) Los nuevos datos arqueológicos y los nuevos abordajes científicos.

¿Qué tengo que hacer previamente en casa?

- 1) Leer y analizar el texto (“Los primeros humanos de América”)
- 2) Identificar en un planisferio las posibles vías de acceso de los primeros pobladores al continente americano.
- 3) Escribir un breve texto explicando la tensión existente entre las nuevas teorías con el “Consenso Clovis”.

¿Qué actividades realizaremos en clase?

- Socialización de las producciones realizadas.
- Elaboración grupal de conclusiones.
- Toma de apuntes y registro de conclusión final.

## LOS PRIMEROS HUMANOS EN AMÉRICA

La Prehistoria de América consta de 5 periodos, los tres primeros afectan propiamente a la Prehistoria, los restantes al desarrollo de las civilizaciones americanas. La etapa que ocupan el Paleolítico, Mesolítico, Neolítico y la Edad de los Metales en la Prehistoria universal, en América solo ocupa los periodos Paleoindios y un discutido período anterior, Pre-clovis. Los estudios actuales acerca del poblamiento se cimientan en los siguientes interrogantes: ¿Cómo y por donde tuvo lugar?, ¿Cuándo tuvo lugar? y ¿Quiénes fueron los primeros colonizadores?.

Desde finales del S.XX se ha creado una nueva corriente de investigación, La Población Temprana, que echa por tierra El Consenso Clovis, defendiendo un poblamiento anterior. Hay investigadores que consideran que la población tuvo lugar hace 16.000-20.000 años, para otros hace más de 30.000 años. En su explicación exponemos los yacimientos más distintivos y los argumentos que respaldan dicha teoría (ar- queológicos, genéticos, lingüísticos). Así sostienen rutas alternativas para el ingreso de las poblaciones. En el caso de una población independiente para América del sur, destacan las teorías que defienden una entrada desde el noroeste de Asia-Beringia-noroeste de América hacia el sur a través de la costa. Y la que aboga por un trayecto Oceanía-Polinesia-América del Sur. Aunque las teorías genéticas y lingüísticas aún no habitan convenientemente con las técnicas de investigación arqueológicas, se han convertido en un importante elemento a la hora de discutir los temas que aquí tratamos.

La Prehistoria de América consta de 5 periodos, los tres primeros afectan propiamente a la Prehistoria, los restantes al desarrollo de las civilizaciones americanas (Clásico y Posclásico). Comienza con la llegada de los primeros

pobladores al continente y finaliza con el desarrollo de las civilizaciones americanas en el siglo III.

En el estado del conocimiento actual, la ocupación de este continente establece la peculiaridad de que únicamente el *H. sapiens* ha ocupado esta área. El Paleolítico, Mesolítico, Neolítico y la Edad de los Metales en la pre- historia universal, tan solo ocupa los periodos Paleoindio y supuestamente un período anterior Pre-Clovis en América (aunque también existe un neolítico y un periodo arcaico con características diversas). Las primeras poblaciones de América se vertebran en torno a una serie de cuestiones ¿Cómo y por dónde tuvo lugar el poblamiento?, ¿Cuándo tuvo lugar este poblamiento? y ¿Quiénes fueron los primeros colonizadores?

Para dar respuesta hacemos referencia a las dos grandes culturas Paleoindias, Clovis y Folsom, (paradigma Clovis) y revelaremos las evidencias que han aparecido en los últimos años y sostienen una llegada anterior al paradigma Clovis. En este último supuesto hay dos tendencias, la que ampara que la población llegó poco antes de los 12.000 años y la otra que patrocina una población mucho anterior. La respuesta a estas cuestiones, la intentaremos dar mediante la sinopsis de las evidencias arqueológicas y en razón a la exposición de los puntos en los que se basan ambas teorías, en muchos casos apuntalados por teorías lingüísticas y genéticas, que ha dado lugar a una posición encontrada entre ambas posturas.

Antes, hacemos un breve resumen sobre la historia de las investigaciones arqueológicas del continente Americano, con el propósito de conocer las razones que han llevado al punto de comprensión actual.

### PRESENTACIÓN DE DATOS.

En el principio de la prehistoria Americana convivieron ideas sustentadas, en círculos Europeos, por teorías bíblicas e ideas de las culturas mesoamericanas que, sustentándose en escritos Mayas y Zapotecas, concebían la existencia de poblaciones más antiguas. (Fiedel, 1996).

El primer gran descubrimiento se dio en 1876, cuando C. Abbott localizó diferentes útiles en su granja de Delaware, imputándolos a culturas indígenas cercanas a los 10.000 años. Se iniciaba así una disputa, Colonización antigua vs. Colonización tardía.

C. Abbott y sus partidarios fueron rebatidos por los científicos que defendían una colonización posterior a los 10.000 años, A. Hrdlička y W. H. Colmes. En 1908, G. McJunkin encontró una serie de fósiles en Folsom (Nuevo México), bisontes extinguidos en los cuales J.D. Figgins extrajo puntas de flecha, tenían cronología Pleistocénica. Estas revelaciones hicieron que la sociedad científica americana empezara a aceptar la trascendencia y la cronología de este yacimiento, a pesar de la postura de A. Hrdlička (Fernández Gómez, 2008; Fiedel, 1996).

En 1929, R. Whiteman descubrió nuevos restos óseos en Clovis (Nuevo México, EEUU), asociado a "puntas Clovis" y E. Billings (en 1932) durante la excavación de dichos restos ratificó su cronología Pleistocénica (Fernández Gómez, 2008; Fiedel, 1996).

A raíz de estos hallazgos, aparecieron nuevos yacimientos que con la aparición de las dataciones por Carbono 14 fueron admitiéndose, tenía cronologías que oscilaban entre los 11.500-10.900 años (13.325-12.975 años calibrados) para la cultura Clovis y los 10.900- 10.200 años (12.975-12.375 años calibrados) para la cultura Folsom. Se caracterizaban y diferenciaban por el tipo de punta, Clovis Folsom, (Dixon, 1999; Fiedel, 1996; 2000; Haynes, 2002; Holliday 2000).

El Instituto Smithsonian, también aceptó que la Cultura Clovis era la más antigua de América, reflejo de la primera llegada a América, constituyendo “El Consenso Clovis”, aceptado mundialmente hasta finales del siglo XX. Se basaba en los siguientes puntos (Fiedel, 1996):

- La Cultura Clovis tenía 13.500 años BP, prueba del poblamiento de América durante el Pleistoceno.
- Estas poblaciones habían ingresado a través de Alaska desde Siberia por el Estrecho de Bering.
- Existencia durante la última glaciación del “Puente de Beringia”, que unía Asia y América. Por dicho puente habrían cruzado grupos de cazadores-recolectores hace 14.000 años.

A la postre, nuevas evidencias han cuestionado duramente los fundamentos científicos de “El Consenso Clovis”, derivados de diversas áreas (arqueólogos, genetistas, lingüistas), que han dado lugar a la “teoría del poblamiento temprano”. Mantiene una mayor antigüedad de las primeras poblaciones y otras rutas alternativas para su ingreso en América. La nueva afirmación está basada en publicaciones efectuadas sobre diversos yacimientos, destacando Monte Verde (Chile), Piedra

Museo (Argentina) y Meadowcroft (EEUU), entre otros. Dentro de los defensores de dicha teoría hay investigadores que consideran que la población tuvo lugar hace 16.000-20.000 años, mientras que otros piensan que se produjo hace 30.000 años o más (Dillehay, 1999; Dixon, 2001; Miotti, 2003; Guidon et al, 1994; Waters, 2000).

Los defensores de “El Consenso Clovis” se muestran muy escépticos ante los yacimientos con dataciones superiores a 12.000 años; mostrando reticencias sobre el carácter antrópico de los objetos encontrados en algunos de esos yacimientos. Siguen sosteniendo su teoría para la colonización del continente, ayudándose de poseer el paradigma y el control de la mayoría de las revistas de investigación.

La postura que defiende un poblamiento anterior a los Clovis está ganando adeptos, presenta cada vez más evidencias y empiezan a tener presencia en las publicaciones científicas. Razón por la que el viejo paradigma está seriamente dañado aunque no ha caído (Fernández Gómez, 2008; Dillehay, 1989; 1999; Waters, 2000).

Hay que esperar el avance de las investigaciones que se están haciendo en la zona sur del continente, donde han aparecido la mayor cantidad de yacimientos antiguos (incluso restos humanos Piedra Museo), pero parece que la idea que presenta a los humanos conviviendo con animales, actualmente extintos, hace unos 13.000 años se está haciendo más verosímil.

La presunción de un poblamiento temprano sucedido entre los 15.000-20.000 años es la situación más viable, sin descartar una población anterior. Si bien los yacimientos y los restos humanos que presentamos no se enfrentan, cronológicamente en demasía, con la cronología Clovis, algunos yacimientos se sitúan tan separados del foco de la cultura del

paradigma Clovis que este se fragmenta y abre nuevas cuestiones (Fernández Gómez, 2008).

Se hace difícil mantener lo pensado sobre la ruta de colonización, provocando la aparición de nuevos itinerarios y una creciente adhesión de algunos investigadores a la hipótesis de un poblamiento autónomo de América del Sur. Estas nuevas rutas también se basan en supuestos genéticos y lingüísticos, que dan lugar a diversas propuestas, (Dillehay, 1999).

## DISCUSIÓN

El “Consenso Clovis” departía un tránsito de la población por Beringia, desde Siberia hacia Alaska, cuando la elevación de las aguas descendió durante la última glaciación, con el inconveniente de que esto únicamente pudo efectuarse a partir de los 13.000 años. Defiende que estos pobladores habrían transitado hacia el sur cruzando Alaska y Canadá por Yukon y Alberta, idea comprometida de aceptar a no ser por un “corredor” sin hielo, que permitiera atravesar la franja al oeste del Canadá (Dixon, 1999; Fiedel, 1996).

Pero este corredor no fue practicable hasta los 13.000 años, momento de su aparición. Igualmente, aunque existiera, la subsistencia en sus 25 km de extensión sería dificultosa, pues en la amplitud esbozada, habría escasez de arboledas y fuentes de subsistencia (Dixon, 2001; Dillehay, 1999; Miotti,

2003). Este corredor geográfico no sería necesario, pues los humanos ya habían demostrado que eran capaces de navegar en épocas anteriores,

colonizando Australia o incluso antes colonizando zonas del continente asiático (Fernández Gómez, 2008; Morwood et al., 1998).

Los científicos que defienden un asentamiento prematuro han promovido otras hipótesis, ya sea por la cronología derivada de los yacimientos como por el trayecto que hay hasta el lugar de arribada (Dillehay, 1999; Miotti, 2003).

La idea de un poblamiento autónomo de América del Sur ha sufrido un importante aumento del número de valedores y está estrechamente relacionada con la teoría del ingreso por Antártida desde Australia. Además existen otras teorías apuntaladas por supuestos estudios genéticos y lingüísticos (Dillehay, 1999).

Se han barajado cuatro posibles rutas: Ingreso desde Alaska, a través de Beringia, llegando al norte de América; Entrada desde el noroeste de Asia pasando por Beringia, hasta el noroeste de América; Desde Oceanía a través de Polinesia y de allí a América del Sur; Y finalmente la que va de Europa-Océano Atlántico-América (Dillehay 1999; Fernández Gómez, 2008; Lorenzo 1994; Lozano 1999; Miotti, 2003).

Para el poblamiento autónomo de América del Sur nosotros destacamos la segunda y tercera de las rutas:

- Exterioriza una posibilidad ya defendida por K. Fladmark (Dixon, 2001), que consiste en acceder a América siguiendo la costa occidental del Pacífico, por franjas, que en este momento, probablemente, están bajo el mar. Esta se habría realizado mediante barcos, explicando la escasez de yacimientos Pleistocenos en Alaska y Canadá (Dillehay 1999; Dixon 1999; 2001; Roosevelt et al., 1996).

Estudios geológicos y paleoecológicos efectuados en la costa noroeste de Norteamérica, muestran que está quedó libre de hielos a partir de los 16.000 años (a excepción de 400 km), erigiéndose un corredor marítimo que posibilitaría el movimiento de las poblaciones humanas antes de los 14.000-13.000 años, ayudándose de recursos marinos. La teoría está fundamentada por una serie de estudios genéticos, que indican que la población pudo derivar de grupos procedentes de Kamchatka, Chukotka, y Alaska hace 15.000-20.000 años (Starikovskaya et al., 1998). Además recibió el apoyo adicional de R. Gruhn y R. A. Rogers quienes indicaron que la mayor diversidad en lenguas indígenas ocurre a lo largo de la costa de Oeste de América, apuntando que esta región haya sido colonizada antes (Dixon, 2001).

Los estudios lingüísticos apuntan que los primitivos nativos de las tierras de Bering se fragmentaron tras el sumergimiento de estas tierras en dos poblaciones distintas. Una aislada junto a los Mamuts y los Bisontes que habrían dado lugar a las poblaciones Clovis (Starikovskaya et al., 1998). La otra, constituida por pequeños grupos de cazadores de mamíferos marinos que, pasando a través de Beringia sobre los 36.000 años, habría utilizado la vía (Roosevelt et al., 1996; Starikovskaya et al., 1998). A favor, estarían los yacimientos del Sureste de Alaska (12.500 y 10.000 años) con megafauna (caribú y oso pardo) que habría servido para apoyar la subsistencia en la franja (Dixon, 1999; 2001), aunque siempre auxiliados por otros recursos nutritivos, alimentos costeros (Dixon, 2001; Roosevelt et al., 1996). Igualmente ayudarían los yacimientos localizados en el sur del continente, algunos de los cuales básicamente se nutrían con una dieta frugívora, de recursos marinos y la

caza de pequeños animales (Dillehay 1999; Dixon, 2001; Roosevelt et al., 1996).

En frente están los problemas para clarificarla, pues la elevación del mar habría provocado la desaparición de casi todas las huellas arqueológicas dejadas por estas poblaciones.

- Recupera la idea ya esbozada en 1943 por Paul Rivet, quien presentó un origen multirracial para el hombre americano y se volvió a tomar en cuenta con la aparición de yacimientos más antiguos en América del Sur (Dillehay, 1999), siendo la mayor valedora de un poblamiento aislado de ambas partes del continente. Defiende el ingreso de las poblaciones a partir de Oceanía a inicios del Holoceno. Los melanésicos cruzaron por Polinesia el Océano Pacífico, ayudados por las corrientes marinas, en “piraguas de balancín” llegando a Centroamérica desde donde se esparcieron a otras zonas del continente (Dillehay 1999). Se fundamenta en la aparición de yacimientos sudamericanos con cronologías antiguas, junto con estudios genéticos y fenotípicos que marcan una diferencia entre los paleoindios del sur (rasgos australoides) y los del norte (rasgos mongoloides). Esto indicaría que la población se produjo antes de los 15.000 años (Neves, et al. 2004).

No obstante, cuenta con diferentes argumentos en contra, pues mayoritariamente los axiomas lingüísticos y biológicos ubican el origen de los nativos americanos en el noroeste de Asia, sinodontia (Carbonell et al. 2005), además no hay seguridad de que los análisis se hicieron sobre descendientes directos de aquellas poblaciones. Hay que añadir la carencia de evidencias de navegación desde Australia y Nueva Guinea hasta Polinesia y América (Gibbons, 2001). Aunque recientes descubrimientos arqueológicos de Australia y Polinesia occidental indican el uso del barco en

alta mar durante los 35.000-40.000 años BP, e incluso más (Adovasio & Pedler, 2004).

## CONCLUSIONES

Hasta las últimas décadas del siglo XX había un profundo consenso sobre la llegada a América de los primeros humanos “Consenso Clovis”. Podemos afirmar la existencia de estas culturas Paleoindias, si bien no está clara su naturaleza, cuantas culturas existieron y si estas fueron las primeras de América.

El hombre arribó a las Américas como resultado de la larga dispersión que tuvo sus comienzos hace millones de años, cuando los más antiguos ancestros del género homo se aventuraron fuera de África. En América usualmente se les ha atribuido un origen Asiático, el complejo Nenana, pero la existencia de otras culturas coetáneas, tanto en Alaska como a la postre en América crea muchas dudas al respecto.

También esboza nuevas preguntas, pues muchas veces su divergencia reside en el tipo de puntas. Así, ¿Son distintas culturas? o ¿son distintas formas adaptativas?

Nosotros entendemos que coexistieron diversas culturas que entraron en América, en distintos periodos de tiempo y por distintas vías. Sino todas, la mayoría, habrían formado parte de la misma cultura, que al aislarse tuvieron que adecuarse a nuevos contextos.

Regresando a lo asentado por el “Consenso Clovis”, es difícil admitir que las poblaciones pudieran extenderse hasta el Centro-Sur del continente en tan breve espacio temporal. Por ello hay quien sugiere que alguna de esas

oleadas no se produjo por el itinerario predicho, los yacimientos más antiguos aparecen en el Sur del continente.

Inclusive, siendo cautelosos con los yacimientos PreClovis, hay firmes certidumbres de la presencia de elementos antrópicos a partir de los 12.500 años (Monte verde, Piedra Museo, Meawdocroft). Así consideramos como la opción más viable, la presunción de un poblamiento temprano acaecido entre los 15.000-20.000 años, sin descartar una población anterior.

Los yacimientos más aceptados no se oponen mucho a la cronología Clovis pero, al estar muchos de ellos, tan apartados del foco de la cultura, se rompe el paradigma existente.

Esto abre nuevas cuestiones, apareciendo nuevas teorías sobre el poblamiento temprano re-combinadas con las ya existentes. Se alega la presencia de varias vías migratorias, a través de Alaska, el Océano Pacífico, Australia, e incluso desde Europa.

No nos parece muy extravagante especular en la existencia de más de una oleada, dejando abierta la puerta a que los pobladores hubieran transitado, sino por todas, si por la mayoría de las vías. La zona sur parece que presenta la mayor cantidad de yacimientos antiguos, con evidencias de diferenciación entre los paleoindios sudamericanos y los norteamericanos, produciéndose la población antes de los 15.000 años. Siendo, por tanto, la idea más viable aquella que sitúa el origen de los primeros americanos en el noroeste de Asia, y en concreto, para nuestro entender, la que habla de una entrada por la costa hasta llegar a la zona sur del continente, donde habrían encontrado un clima más favorable para su instalación. Para mantener “El Consenso Clovis” sus defensores necesitan dar explicación las dataciones de yacimientos aceptados con  $> 12,500$  años.

- Andrés A. Fernández Gómez. Institut de Paleoecología Humana i Evolució Social, Universitat Rovira i Virgili. Plaça. Imperial Tarraco, 1. E-43005. Tarragona

- Ana Velasco Ortiz. Instituto de Estudios Latinoamericanos (IELAT), UAH, Alcalá de Henares a.fernan.preh@gmail.com a.velascortiz@hotmail.es

Rebut: 1 septembre 2010; Acceptat: 1 decembre 2010

**ENCUENTRO N°3**  
**“PUEBLOS ORIGINARIOS DEL TERRITORIO ARGENTINO”**  
**PROF. FERNANDO R. BRITTEZ**

A lo largo de la historia de la humanidad han existido miles de culturas hoy desaparecidas, muchas de las cuales conocemos a través de hallazgos arqueológicos o fuentes escritas. Otras, en cambio, han llegado revitalizadas hasta el presente, lo cual demuestra que “mundo antiguo” no es sinónimo de “mundo extinguido”. Esto, que parece obvio para la cultura occidental, no siempre lo es en el caso de los pueblos indígenas, en parte porque se ha dicho y repetido hasta el infinito que la mayoría fueron exterminados completamente por los colonizadores o por las campañas militares de los siglos XIX y XX. La idea de que los indígenas son cosa del pasado tiene profundas consecuencias políticas, porque niega e invisibiliza a sus descendientes (su filiación biológica o cultural), a la vez que se sirve para deslegitimar los justos reclamos de los pueblos originarios contemporáneos (sus derechos como tales).

Queda clara la importancia de definir la noción de “mundo antiguo” cuando se habla de los pueblos originarios, cuyo pasado será tema a tratar en esta oportunidad. Te proponemos pensar no en términos cronológicos sino culturales y hablar del pasado de sociedades o culturas “tradicionales” de la actualidad, como son las indígenas de nuestro país. De esta manera tendremos una visión más precisa y evitaremos las

contradicciones mencionadas que, como dijimos, no aparecen necesariamente cuando la noción de “mundos antiguos” se aplica al estudio de culturas extinguidas o los orígenes de la cultura occidental.

Te damos la bienvenida a este nuevo encuentro y te invitamos a participar y debatir!

## **ENTERATE**

### **SOBRE LA ACTUALIDAD DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS**



<http://www.elorejiverde.com/>

¿Qué temas trataremos en este encuentro?

Nos ocuparemos de los siguientes:

- 1) las culturas originarias en el territorio argentino entre los siglos XVI y XIX
- 2) la resistencia ante la conquista y los “territorios libres indígenas”

¿Qué tengo que hacer previamente en casa?

Para puedas aprovechar mejor la actividad es muy importante que:

1. leas en casa el texto que aparece a continuación (El Orejiverde. “Etnohistoria y protagonismo indígena). Es muy breve y fácil.
2. tomes nota de cualquier punto que requiera aclaraciones o ampliación por parte del profesor.

### ¿Qué hacemos en clase?

1. Confrontaremos el panorama que ofrece la lectura realizada con una presentación en Power Point a cargo del profesor.
2. Debatiremos
3. Tomaremos nota de las conclusiones más importantes alcanzadas colectivamente, a fin de producir el escrito que utilizaremos para preparar el tema de examen.

## **ETNOHISTORIA Y PROTAGONISMO INDÍGENA**

Fuente: *El Orejiverde*. <http://www.lorejiverde.com/>

### **LA PRESENCIA INDÍGENA**

Superando el vacío informativo que desde siempre negó a los pueblos originarios, arrojándolos a una zona neblinosa y difusa de la historia, hoy somos conscientes en cambio de su importante presencia y protagonismo.

Esta es una larguísima historia, que se inicia hace no menos de doce mil años, cuando los primeros contingentes humanos -en una aventura excepcional- poblaron el actual territorio argentino y fueron conformando distintas vertientes culturales que confluyeron en el panorama con que se toparon los conquistadores españoles: los agricultores sedentarios del noroeste, los cazadores de las llanuras, los navegantes del litoral, los canoeros del confín del continente, los habitantes de las zonas de transición.

### **LA CONQUISTA Y LA RESISTENCIA**

Al momento de la llegada de los conquistadores españoles una treintena de grupos étnicos desarrollaban sus variadas formas de vida en el actual territorio argentino.

## Pueblos Originarios del actual territorio argentino al siglo XVI



Este “mapa” era altamente dinámico: las distintas etnias no solo tenían intensa relación entre sí sino que interactuaban con las grandes macroregiones de Sudamérica como el Area Andina meridional (las

culturas de la montaña); la Selva amazónica (guaraníes y chané, seguramente algunos grupos de la zona chaqueña y aún de las llanuras santiagueñas); el Arauco allende la Cordillera de los Andes (tehuelches, pehuenches, huarpes, mapuche en sus distintas variantes); las llanuras del actual Uruguay, Pampa y Patagonia (querandíes, chaná-timbú, charrúas).

En muchas regiones, la resistencia al conquistador fue la regla, como el Noroeste y las Sierras Centrales, así como focos en los guaraníes del litoral, o los querandíes de las llanuras vecinas al Río de la Plata, entre otros.

## Principales focos de resistencia de los pueblos indígenas al Siglo XVI



## LOS TERRITORIOS LIBRES INDÍGENAS

Después de la Conquista, vastos espacios geográficos permanecieron como “territorios libres indígenas” en un proceso de resistencia humana y cultural formidable. Por más de trescientos años, esos territorios fueron también los baluartes de las culturas originarias, que no se resignaban a desaparecer ó diluirse en la nueva masa poblacional. Entendemos por “territorios indígenas libres” a las regiones de Pampa, Patagonia y Chaco que hasta fines del siglo XIX, estuvieron bajo dominio de los indígenas, algo así como la mitad del actual territorio argentino.

## Territorios Indígenas Libres



Paralelamente, un proceso de transformación cultural de proporciones se producía al interior de las pampas y en otras regiones

vinculadas, gracias a un centenar de cien caballos y yeguas dejados por la expedición de Pedro de Mendoza en 1536: nosa referimos a lo que la antropología denominó en su momento como “el complejo ecuestre”

Un proceso que además implicó una relación hombre-animal muy particular, una relación espiritual, digna del lugar que los animales tienen en la cosmovisión indígena, y misteriosa para los que fueron adversarios de los indios como los oficiales y soldados criollos.

Ya en pleno siglo XVII, debido a la incorporación del caballo, se produce un cambio trascendental en los grupos tehuelches. Los cazadores de las pampas, adoptaron al animal, lo amansaron y lo hicieron suyo. A partir de entonces, se produjo un cambio cultural de proporciones en el seno de las comunidades de las llanuras: se ampliaron los territorios de caza por la mayor agilidad en los desplazamientos de las comunidades; éstas se hicieron más numerosas, pasaron del centenar a los quinientos individuos; se fortaleció la institución del cacicazgo; las técnicas de caza se perfeccionaron con cercos de fuego y rodeo de los animales; cambió el armamento de los guerreros (las ancestrales boleadoras se mantuvieron), incorporándose nuevas armas ofensivas –la lanza en lugar del tradicional arco y flecha- y defensivas –la armadura de cuero de caballo.

También cambió el rol de la mujer, ya que antes era ella la encargada de llevar los enseres comunitarios, tarea que entonces se pudo dejar a los animales dándole más tiempo libre para la organización de la vida cotidiana.

Entre los tehuelches del norte comenzó a darse también un cambio en las actividades económicas, al incentivarse la apropiación del ganado que los “blancos” empezaban a criar en los incipientes poblados fronterizos. Esto no se dio en los tehuelches del sur, fundamentalmente por la ausencia de colonos, con lo cual los cazadores tehuelches siguieron con sus prácticas tradicionales -ahora montados en sus caballos-, agregando a la caza de guanacos y ñandúes la de caballos “cimarrones” que vagaban por las llanuras.

Debemos también tener en cuenta que hacia fines del siglo XVI y durante todo el Siglo XVII, la región de las pampas constituyó una verdadera caldera étnica y cultural, en donde grupos indígenas de distinto origen confluyeron e inclusive conformaron en algunos casos nuevas etnias. Esto es muy importante para el desarrollo ulterior de la historia regional, en donde las mestizaciones intra e interétnicas –no solo al interior del mundo indígena- jugaron un rol fundamental.

## “El Complejo Ecuestre”



**Tehuelches, “la gente brava”**

Los tehuelches eran los pobladores más antiguos de la Pampa y Patagonia. Estaban integrados por los tehuelches septentrionales o del norte –*guenaken o güniün a küna*- y los tehuelches meridionales o *penken y aöniken*. También integraban éste grupo étnico, en Tierra del Fuego, los *selk'nam* y *haus* - más conocidos como onas, de características diferentes y junto a los *querandíes*, que habitaban el territorio ubicado más al norte de los tehuelches meridionales, en el litoral del Río de la Plata y parte de la actual provincia de Buenos Aires.

Todas las denominaciones que a lo largo del tiempo fueron utilizadas por cronistas, viajeros e investigadores para denominar a los distintos grupos de la región tales como patagones, chonekas o chonik, puelches -y sus parcialidades taluhet, chechehet, diuihet- y aún los “pampas”, remiten en realidad a etnias de origen tehuelche o a lo sumo mestizas en las cuales el componente de ese origen tuvo una decisiva importancia. Conformaban una gran unidad cultural que fue denominada por los “araucanos” como tehuelches (*chehuelches: cheuel* , bravo; *che*: gente: la gente brava).

Conformaron una típica cultura de cazadores y recolectores nómades. Conocían la conservación de la carne a través del secado al sol y su posterior salado. Cazaban el guanaco y el ñandú, y también liebres patagónicas llamadas “maras” y los zorros. Los tehuelches vestían el llamado “manto patagón” confeccionado con varias pieles de guanaco o zorro, con el pelo hacia adentro y la parte exterior decorada con pinturas geométricas en distintos colores, como por ejemplo, los

expuestos en el Museo de la Universidad Nacional de La Plata y el Museo de la Patagonia Francisco P. Moreno en Bariloche.

Las pieles de guanaco y más tarde las de caballo, les permitían armar los paravientos o “toldos” apoyados sobre estacas clavadas en la tierra, que eran armadas como viviendas. Un conjunto de familias constituía la base de la organización social (una “banda” en términos antropológicos), dirigida por un cacique.

El componente más al norte de esta etnia fueron los querandíes, que se encontraban en las tierras que hoy ocupan Buenos Aires y sus alrededores. Aunque pertenecían a la gran familia tehuelche, tenían algunos aspectos distintivos: usaban canoas, practicaban la pesca, al contrario de sus hermanos de Pampa y Patagonia quienes no lo hacían debido a una antigua creencia que consideraba a los peces como sus antepasados. También sacrificaban cautivos en ocasión de la muerte de un jefe.

Son también los protagonistas de una historia singular, porque fueron los que se encontraron y enfrentaron primeramente con el conquistador español en esta parte del territorio. Rechazaron en 1536 a los expedicionarios de Pedro de Mendoza y lograron así resistir algún tiempo más, hasta que en 1580 Juan de Garay, con la consigna de "reabrir las puertas de la tierra", fundó nuevamente Buenos Aires y provoca los últimos enfrentamientos con los querandíes quienes pierden en el intento a su último gran líder, el cacique *Tabobá*.

Los últimos grupos de esta heroica etnia buscaron entonces refugio al interior del territorio indígena, diluyéndose entre sus hermanos tehuelches y probablemente yendo aún más allá, hacia lo que tiempo más tarde sería la tierra ranquel, contribuyendo a dar forma a ese nuevo grupo étnico (Casamiquela 1990: 26)

Como fruto del intercambio con los mapuches y pehuenches, los tehuelches incorporaron sus mantas y ponchos de lana, y el chiripá ocupó el lugar del tradicional cubre sexo. Se adoptaron las botas de potro, una típica creación pampeana y también de ellos recibieron en forma cada vez más frecuente y masiva prendas de plata, hasta que se iniciaron ellos mismos en la elaboración de estas piezas,

El viejo ritual de enterrar a sus muertos se mantuvo. Se envolvía al cuerpo en su manto, acompañado de sus bienes, sacrificando sus animales e incendiando sus pertenencias, a excepción del toldo, en la creencia de que todos los bienes pasarían al otro mundo con su dueño. Muchas de las prendas de plata que los indios lucieron en vida pasaron así al otro mundo en compañía de sus dueños

Los tehuelches respetaban la ley india de repartición de la caza entre los distintos miembros de la comunidad y distribuían la comida ya fueran yeguas, guanacos, ñandúes, aves o frutos.

### **Pehuenches, la gente de los pinares**

"Pehuenche" es un gentilicio que remite al pehuén, el fruto de la araucaria, alimento clave en la subsistencia de este pueblo y en su cosmovisión. El término pertenece a sus vecinos mapuche y significa "gente de los pehuenes o los pinares" (*pehuén* : araucaria; *che*: gente). Eran cazadores y recolectores que conservaban el piñón de la araucaria en silos subterráneos; algunas crónicas consignan que dicho almacenamiento llegaba a extenderse por tres o cuatro años.

El territorio ocupado en tiempos prehispánicos coincide con la actual provincia de Neuquén. En el hoy territorio chileno habitaban la región cordillerana entre Chillán y Valdivia, y en sus constantes travesías solían cruzar de uno a otro lado de los Andes, ubicándose preferentemente en las zonas boscosas, buscando estar cerca de la *Araucaria imbricata* que, en su lengua se nombra *pehuén* o *pewen*. También había pehuenches, según algunos, en "las salinas que están junto al cerro nevado que está camino de Mendoza", y en el Nahuel Huapí. Controlaron el comercio de la sal y ese puede haber sido el origen de la riqueza y el poder de algunos de estos grupos.

Algunas crónicas dan cuenta que en esta últimas zona utilizaron embarcaciones presumiblemente de totora, al estilo de los huarpes con los cuales también estuvieron en contacto. Es que los pehuenches constituyeron un "grupo de transición", asentados a ambos lados de los Andes, en contacto con etnias disímiles como los tehuelches, los huarpes y los "araucanos", de los que finalmente recibieron sus influencias decisivas en la región.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, y por causas que no son del todo conocidas aún, el hábitat de los pehuenches se desplazó hacia el norte llegando hasta el sur de Mendoza, adonde también fueron recolectores de algarroba. Estos fueron los pehuenches con los cuales parlamentó San Martín en 1816, en momentos previos al cruce de los Andes.

Este fenómeno de migración de los pehuenches hacia el sur de Mendoza fue paralelo al proceso de "araucanización" que este pueblo atravesó, y que terminó por diluir sus antiguas costumbres y características físicas. Como para refrendar este hecho, podemos mencionar que los pehuenches "araucanizados" de fines del siglo XVIII y principios del XVIII casi no ocupaban tierras donde se daba la araucaria; su forma de vida había cambiado por completo, asimilándose a los grupos de la región pampeana. Es más, ya en plena época colonial se conocía su existencia incluso en Buenos Aires, confundiendo también con los "indios pampas" de la región del mismo nombre.

Es importante consignar aquí que la llamada "araucanización de la pampa" fue el proceso paulatino al principio (siglo XVI previo a la llegada de los españoles) y masivo después de ingreso y asentamiento de comunidades de origen mapuche que migrando desde el otro lado de la Cordillera de los Andes en el actual territorio chileno, se fueron asentando en la región de las pampas. Algunas aseveraciones de que los mapuches no son un pueblo originario no resiste para nosotros el menor análisis, dado que ellos están aquí desde antes de la

llegada de los conquistadores hispánicos y obviamente mucho antes de la constitución de ambos estados el argentino y el chileno .

**Proceso de “araucanización”**



## El avance la "araucanización"



Vivían en toldos de cueros similares a los de los tehuelches de las llanuras y su forma de vida fue muy parecida a la de estos grupos. Ya "araucanizados", construían sus toldos de cueros de vacas y caballos. Los cambiaban de lugar de asentamiento unas tres veces al

año. En el invierno se ubicaban a orillas de los ríos o lagunas, en primavera al pie de las montañas y hacia fines de verano y otoño en los pinares de lo alto. Usaban las pieles de los mismos animales que cazaban: primero fueron la de los guanacos; luego se agregaron las de las vacas y yeguas. Las pieles se cosían con tendones. En los últimos tiempos, cuando tenían caballos y lanzas largas al estilo de los "araucanos", éstas sirvieron a menudo para levantar la armazón del toldo.

Originariamente fueron cazadores de guanacos y avestruces y posteriormente también se alimentaron de caballos, al comenzar a poblarse las pampas de estos animales. Su arma predilecta fue la boleadora, realizada con tripas y cuero de animal y rellenas con piedras; en los últimos momentos de su existencia como grupo étnico se dedicaron a los ataques contra los poblados de frontera, lo que se vio incrementado notablemente cuando adoptaron, como sus hermanos de las llanuras, el caballo. Para entonces ya utilizaban la larga lanza "araucana" en lugar del tradicional arco y flecha.

Los pehuenches que vivían sobre la Cordillera usaban una especie de raquetas, hechas de caña y con cueros de ciervos y guanacos, para trasladarse sobre la nieve. Solían pintarse la cara, los brazos y las piernas de varios colores, en circunstancias ceremoniales, haciendo lo mismo con el caballo, al igual que los pampeanos. Entre distintos adornos y pinturas se horadaban las orejas para colocarse aros de cobre o de plata. En tiempos prehispánicos usaron los cueros para el vestido, completado con plumajes, de los que fueron grandes artesanos.

Posteriormente usaron prendas tejidas aunque al parecer no por ellos, sino que las obtenían de sus vecinos mapuche a cambio de plumeros, sal y, más tarde, caballos. **Ranqueles, rankullche, mamulche, gente de los carrizales o de los montes**

Algunos grupos de querandíes sobrevivientes que habían migrado hacia el interior de la pampa, es probable que se hayan mestizado con grupos huilliches-mapuches, pehuenches y tehuelches del norte del norte, lo que habría dado como resultado la etnia *ranquel*, *rankülche* o *mamülche* (gente de los montes), en un proceso histórico con climax hacia el siglo XVII y XVIII

El hábitat de los ranqueles era el sur de las actuales provincias de San Luis y Córdoba y norte de La Pampa. Hasta fines del siglo XIX pasarían a ser un grupo étnico cultural y políticamente autónomo, que si bien estuvo estrechamente relacionado con sus hermanos de la llanura, mantuvo siempre un perfil propio, el que influyó en distintos aspectos de su cultura, desde el poder político autónomo, la lengua, las ceremonias y sus artes, como los textiles y la platería.

### **Araucanos o mapuche, la gente de la tierra**

Pehuenches (pehuenches araucanizados,); vorogas (araucanos de Vorohué) “salineros” (araucanos huilliche,) y araucanos *strictu sensu*, son parcialidades de un conjunto mayor, en los cuales predomina el tronco *mapuche* , que terminará por impregnar la totalidad de las regiones ocupadas por estos grupos indígenas que -desde antes de la

llegada de los conquistadores- venían desde el otro lado de la Cordillera de los Andes. Es pertinente aclarar que los términos “araucano” y “mapuche” se pueden utilizar indistintamente. El origen de la palabra araucano proviene de la región de Arauco (centro de Chile) designada por los colonizadores españoles. El término “mapuche”, en cambio, es de origen indígena y comenzó a utilizarse recientemente a partir de los estudios antropológicos y la insistencia de los propios mapuches por volver a las raíces de su nombre.

Todos estos grupos tienen elementos comunes que tomaron de los tehuelches:

la cultura ecuestre, los toldos, las armas ofensivas y la “economía depredadora”, debida esta a la apropiación del ganado cimarrón de la zona de la frontera. En su lugar de origen, los araucanos eran en cambio de tradición agrícola-pastoril.

En estas tierras mantuvieron sin embargo su cosmovisión y sus costumbres originarias: el chamanismo con intervención de las *machi*, las ceremonias colectivas como el *Nguillatún* o “rogativa” y algunos rituales mortuorios. Su máxima deidad es *Cuchahuentrú* (el hombre grande) o *Futa Chao* (Gran Padre) o *Chachao* (el padre de todos). En otros grupos o en ocasión del *Nguillatún* se invocaba a *Nguenechén* (el Dios Creador).

Difundieron sus prácticas agrícolas, su lengua y su arte en los textiles, la cerámica y la platería.

**ENCUENTRO N°4**  
**“ESPACIOS GEOGRÁFICOS AMERICANOS.**  
**EJEMPLOS ANTES Y DESPUÉS DE 1492”**  
**PROF. LUZ CEVERIO**

¿Qué temas trataremos en este encuentro?

¿Podemos pensar en el paso del tiempo sin considerar el espacio geográfico? ¿Podemos abordar el espacio geográfico desestimando el tiempo? En este punto, tal vez sería pertinente preguntarnos ¿qué entendemos por espacio geográfico? Para poder aventurar una respuesta que se irá complejizando a partir de esta instancia de formación, te propongo leer dos fragmentos de Antonio Brailovsky que nos permitirán develar su definición como producto social, por ende, histórico.

¿Qué tengo que hacer previamente en casa?

- 1) una lectura global –entendida como una primera lectura.
- 2) una lectura detenida, utilizando resaltador y diccionario si es necesario. De esta manera, cuando nos encontremos, podremos discutir entre todos la definición de espacio geográfico como producto social. También podremos trabajar el concepto considerando los aportes de Brailovsky sobre Colombia y Chile.

## ¿Qué hacemos en clase?

La idea del encuentro es reconocer los elementos y procesos constitutivos del espacio, para listarlos –papelógrafo mediante- y posteriormente considerar cómo se relacionan, fundamentando su conceptualización como producto de la sociedad, más allá del tiempo y espacio considerado.

Brailovsky, Antonio E.  
Historia ecológica de Iberoamérica: de los Mayas al Quijote  
1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006  
240 p., 28x18 cm. (Le monde; 24)  
ISBN 987-1181-45-0  
1. Historia Ecológica Iberoamericana. I. Título  
CDD 577.098

Fecha de catalogación: 17/01/2006

## **Las culturas de la ciénaga: adaptación ambiental en la cuenca del río Magdalena**

Sabemos -o creemos saber- bastante sobre la relación que tuvieron con la naturaleza las altas culturas de América: conocemos las grandes obras hechas por incas, mayas o aztecas . Pero, ¿y los demás pueblos? ¿Acaso ninguno dejó obras relevantes? Como siempre, nos resulta más fácil apreciar las obras realizadas con piedras que las efectuadas sobre los ecosistemas.

En Colombia se desarrolló una cultura anfibia en la zona de las ciénagas. En un área de 600 mil hectáreas, en el centro de las llanuras del Caribe , está la mayor depresión cenagosa del país. Allí convergen las aguas de los ríos Cauca, Magdalena y San Jorge.

Estos



Fuente: <http://amqueretaro.com/el-pais/2013/10/08/los-15-monumentos-latinoamericanos-que-estan-en-riesgo> [Consulta: 1/3/2016]

ríos tienen inundaciones periódicas que traen tantos sedimentos que su peso hace hundir la zona a un ritmo de unos 2 milímetros por año.

La cultura zenú desarrolló una sugestiva adaptación a esas particulares condiciones ecológicas. Durante un largo período, “el hombre manejó los humedales aprovechando la riqueza de la fauna acuática y controlando las aguas de inundación, con el fin de proteger las viviendas en un comienzo y, eventualmente, enriquecer con sus sedimentos las zonas de cultivo. Este fue un proceso lento, iniciado durante el segundo milenio antes de Cristo, que se prolongó en algunas áreas hasta la época de la conquista española”, explican dos investigadoras del Museo del Oro de Colombia<sup>231</sup>.

Allí, los pobladores prehispánicos controlaron las aguas mediante redes de drenaje. Las fotografías aéreas permiten ver miles de canales perpendiculares a los ríos, algunos de 1 a 4 kilómetros de largo, que permitían evacuar el exceso de agua y evitar la inundación de las viviendas. También los usaban para comunicarse por medio de canoas.

Unos mil años antes de nuestra era, esta cultura tuvo un enorme desarrollo. Las amplias áreas de ciénagas y de humedales próximos a la sabana tenían el atractivo de la abundancia de fauna (peces, aves reptiles) y la fertilidad de sus suelos. Aunque se vieran afectadas periódicamente por inundaciones, sus habitantes podían observar que cuando terminaban las crecidas, su aporte de sedimentos había enriquecido el suelo y los cultivos tenían rendimientos excepcionales.

A partir de esta experiencia, comenzaron a usar los canales para proteger sus viviendas de la inundación y para beneficiar los cultivos. La tierra que sacaban del canal les permitía crear terraplenes sobre los que levantaban sus casas y plantaban yuca, ya que este cultivo necesita absorber el agua con lentitud. En condiciones climáticas muy distintas de las de los Andes, utilizaron construcciones semejantes a los camellones andinos.

Durante 2 mil años, (desde el 800 a.C. hasta el 1200 d.C.) se realizó un sistema de control de aguas a escala regional. Los canales largos cumplían la función de desalojar el exceso de agua y desembocaban en el cauce principal, acomodándose a su curso, que es muy sinuoso. En los meandros se entrelazaban formando una especie de abanico para conservar su eficacia sin correr el riesgo de desviar el curso del río. Al estar en funcionamiento los ejes mayores de los canales, el río circulaba más rápidamente y producía menos sedimentación a su paso.

Los zenú mantenían poco pobladas las riberas de los ríos principales –ya que eran las de mayor riesgo de inundación– y concentraban sus viviendas en las márgenes de los arroyos menores. Además de evacuar el exceso de agua, los canales la distribuían, permitiendo la explotación agrícola de las áreas bajas. Por su parte, la inundación traía sedimentos que reponían la fertilidad que los cultivos le quitaban a las tierras. Este aprovechamiento era más eficiente si se destinaban amplias áreas a los cultivos, separadas de las áreas de vivienda, de manera que el sistema fue haciéndose cada vez más complejo y eficiente.

Nuevamente, nos preguntamos: ¿qué sociedad, qué cultura produjo estas obras admirables sobre el barro de la ciénaga? En el resto del mundo investigado, un gran sistema de obras de regadío requiere de un orden autoritario capaz de disciplinar a grandes masas de trabajadores. De Nabocodonosor a Manco Cápac, las grandes obras de irrigación fueron

siempre la expresión de un poder altamente concentrado. Por eso nuestro desconcierto al hablar de los zenú. No sabemos casi nada sobre el orden social que hizo posible la utilización en gran escala de este ecosistema. Es claro que una intervención de este tamaño no puede hacerse por suma de esfuerzos aislados. Sin embargo, no hay vestigios de un gran imperio que haya obligado a los indios a cavar innumerables zanjas. Más bien, parece haber funcionado como una unión de pequeños grupos familiares, basada en el trabajo voluntario y una compleja planificación apoyada en el consenso, antes que en la imposición. Durante dos mil años, a partir de 800 a.C., la zona estuvo poblada y trabajada con diversas variantes del mismo modelo. Hay canales lineales y hay redes ajedrezadas. Hay también reservorios de agua para las épocas de seca y abono artificial de cultivos.

Entre 1200 y 1300 de nuestra era, un período de intensa sequía afectó la ciénaga y el Caribe entero. El sistema se desarticuló y los zenú emigraron. Los pueblos que se asentaron allí cuando<sup>232, 233</sup> volvió el agua no guardaron memoria de las maravillas de sus antecesores, sino que quedaron sometidos a las contingencias de las inundaciones. Durante su época de oro, la ciénaga llegó a tener una densidad de población de unos 160 habitantes por kilómetro cuadrado. Hoy es un desierto húmedo, donde no hay más de un habitante por kilómetro cuadrado.

Esta ciénaga fue el límite infranqueable para los exploradores que salieron de Macondo a descubrir el mundo. Gabriel García Márquez la describe diciendo que “al sur estaban los pantanos, cubiertos de una eterna nata vegetal, y el vasto universo de la ciénaga grande, que según testimonio de los gitanos carecía de límites. La ciénaga grande se confundía al occidente con una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales”<sup>234</sup>.

# **Historia ecológica de Iberoamérica II**

## **De la Independencia a la Globalización**

**Antonio Elio Brailovsky**

Brailovsky, Antonio Elio

Historia ecológica de Iberoamérica II. De la Independencia a la Globalización.

1a ed. - Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.

320 p. ; 24x17 cm. - (Le Monde: 40 / Carlos Gabetta)

ISBN 978-987-614-154-3

1.Historia Ecológica Iberoamericana. I. Título

CDD 577.098

Fecha de catalogación: 29/12/2008

## La quema de bosques en Chile

En Chile, al desarrollo minero se asoció el auge de una agricultura privilegiada en cuanto a sus posibilidades de mercado en el Pacífico. Además, el auge del salitre creó un polo interno de demanda de los productos del sur. Esto condicionó la continua expansión de los cereales, particularmente el trigo. Amplias áreas se incorporaron a este cultivo más allá de la aptitud real del suelo. Toda la cordillera de la costa hasta la frontera araucana del sur se sobreexplotó, erosionándose gravemente. Los araucanos habían sido la barrera que contenía el avance de la economía nacional hacia los densos y ricos bosques del sur de Chile. La penetración de la “civilización” se realizó con las enfermedades y el alcohol en una población ya muy reducida. La colonización alemana penetró por el sur y fue “preparada” limpiando el bosque para hacer agricultura. El naturalista Claudio Gay escribía al respecto, que en 1852 “no se encontró más recurso que el de preparar el territorio de Llanquihue (una provincia chilena), desembarazado de la mayor parte de sus selvas por un incendio que había durado más de tres meses” (31).

El inicio de la colonización alemana a mediados del siglo XIX “marca el inicio de la guerra a muerte que declaran los colonos a los tupidos bosques del sur de

Chile”. El agente del gobierno encargado de fomentar dicha colonización, Vicente Pérez Rosales, contrata a los indígenas para que incendien los bosques de alerces y abran así el camino a un modelo de producción basado en reemplazar el ecosistema; algo bien diferente de utilizarlo. Pérez Rosales relata en sus memorias que “en mi tránsito, ofrecí a Pichi-Juan treinta pagas que eran entonces treinta pesos fuertes, porque incendiase bosques que mediaban entre Chanchán y la cordillera. Esa espantable hoguera, cuyos fuegos no pudieron contener ni la verdura de los árboles ni sus siempre sombrías y empapadas bases ni las lluvias tormentosas y casi diarias que caían sobre ella, había prolongado durante tres meses su devastadora tarea. Todo el territorio incendiado era plano y de la mejor calidad. El fuego continuó por largo tiempo la devastación de aquellas intransitables espesuras”(32).

Agreguemos que los incendios de bosques afectaron cientos de miles de hectáreas, incluyendo bosques de maderas valiosas como el alerce, del cual en este periodo se quemaron 27.000 hectáreas entre Puerto Varas y Puerto Montt(33). Y en 1851, el mismo Pérez Rosales contrata 300 hombres para despejar de árboles la zona en la cual se levantaría la ciudad de Puerto Montt(34). En 30 a 40 años desaparecieron cientos de miles de hectáreas de bosques de especies nobles como alerce, araucaria, varias especies de hayas o robles, raulí, canelo, olivillo, etc.

¿Se podría haber hecho con los alerces algo mejor que quemarlos? Claramente, sí: “en forma paralela a esta destrucción insensata surgía un país de madera de alerce en la bella arquitectura de Valdivia, Osorno y Puerto Varas demostrando que el recurso alerce podía haber sido ser una fuente inagotable de creación estética que hasta hoy llena de orgullo a la región de Los Lagos”(35). En 1859 el gobierno preocupado por la tala e incendios indiscriminados de los alerces establece la primera reglamentación para protegerlos. Una enconada defensa de los alerces hacía Guillermo Fricke en 1875 al sostener que “de desear sería que otros peregrinasen a los alerzales para rendir homenaje a aquellos sagrados contemporáneos de nuestro Redentor, que trataran de indagar mejor su edad y nos comunicasen después sus observaciones con la veracidad, que únicamente da valor a semejantes comunicaciones y ¡ojalá entre los que fuesen en romería a aquellos santuarios hubieren personas influyentes, que hiciesen el mayor empeño por poner coto a las execrables devastaciones, que manos sacrílegas han ejecutado en estas santas moradas!”.

Por haber contribuido al desarrollo y poblamiento del sur, Pérez Rosales merecía alguna clase de reconocimiento de sus conciudadanos. Pero tal vez el criterio utilizado no haya sido el mejor: en 1926 se lo homenajea creando el Parque Nacional Vicente Pérez Rosales, donde están los bosques de alerces que este pionero no alcanzó a quemar.

**ENCUENTRO N°5**  
**“LA DUALIDAD EN LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS”**  
**PROF. CESAR PAFUNDI**

*Actividades sugeridas a partir del texto “Indios, porteños y dioses”  
(Prólogo y Ellos y nosotros)*

1 Es posible plantear el camino académico emprendido, al igual que lo hace el texto, como un viaje a comenzar. ¿Cuáles serían las tres fotografías imaginarias de ese viaje que sintetizarían tus expectativas académicas? Describí en algunos párrafos las mismas para luego poder socializarlo en grupo.

2 En el final del prólogo, el texto comienza a plantear *opuestos en tensión* que constituirían la clave de la vivencia del viaje. ¿Cuáles sería aquellos *opuestos en tensión* de la vida académica que imaginás? Pensá al menos tres que puedas fundamentar para luego socializarlo.

3 Nuestra filosofía argentina y latinoamericana siempre ha estado signada por la dualidad. En este caso, Kusch reflexiona en torno a un “ellos” y un “nosotros”. ¿Podés enumerar tres dualidades significativas de nuestra historia que creas altamente fundantes de nuestra vida cultural? ¿Creés que son posibles de relacionar con la que plantea el autor?

## PRÓLOGO

4 ¿Cómo interpretás que resuelve la dualidad el autor? ¿Cómo la resolverías vos y por qué razón?

Después de un viaje, solemos mostrar las fotografías tomadas en su trascurso. Los viajes siempre se ligan a la operación de obtener una enorme cantidad de pequeñas superficies de cartón donde, suponemos, se registra algún acontecimiento u objeto con toda fidelidad.

Pero cuando las mostramos a algún familiar o amigo, notamos con extrañeza que nos sentimos incómodos, y que ellos, por su parte, se aburren. Una fotografía, indudablemente, es un poco el residuo de un viaje, la versión delimitada, clasificada y fiel de lo que hemos visto y, por lo tanto, su fidelidad es relativa.

Y es natural. Creemos que nada de extraño tiene toparse con un indio en la puna. Sin embargo todo topamiento es misterioso. Primero se da un asombro original, luego el reconocimiento del prójimo, luego nos surge la frase "es un indio", y, al fin, tomamos la fotografía. Se trata de un proceso instantáneo cuya resultante es un cartoncito, en el cual se fija la realidad, pero que surgió al final, nunca al principio del encuentro. La fotografía es en cierta medida la superación de aquel asombro original, nunca el asombro mismo. Da la versión clasificada, circunscripta, en el terreno de la inteligencia fotográfica, pero nunca la conmoción de nuestro sentimiento vital ante ese algo viviente con que nos topamos en la puna.

porteña? ¿La *manija* se referirá simbólicamente al centro de nuestro pozo, ahí donde se dan las pesadillas? ¿Y el centro, para qué es? ¿Para vencer el caos de las cuatro bandas del billar? ¿Quién decía eso? ¿Quién hablaba del centro?... ¿No era Viracocha?

Qué susto, ¿verdad? Con que andaba muy cerca Viracocha. Tan descuidado tenemos nuestro pozo privado que Viracocha se pasea libremente en él. Hemos encontrado sus rastros nada menos que en el lenguaje cotidiano. Debe tener algo de lenguaje divino, elaborado en el pozo de la ciudad, ahí abajo donde también se da la pesadilla, pero de la miseria. Y eso que habíamos limpiado prolijamente las calles para que no se aparezcan los jaguares mitológicos. Realmente habría que abrir de nuevo las puertas del zoológico...

Pero si es como para extenderle la mano a la india aquella, la de la agencia de turismo y decirle, con voz aflautada: "Mamacita viracocha"; y hacer esto aunque perdamos totalmente el prestigio de turistas. Y, ojalá, ella sepa darnos una limosna...

## ELLOS Y NOSOTROS

Henos aquí que ya estamos dispuestos a tomar el tren en La Paz y dentro de unos minutos estaremos en Buenos Aires.

Nos resulta grata la idea del retorno, como regresar al paraíso. Ahí nos esperan los utensilios amables, la heladera, los libros, los amigos. Luego los vecinos, los compañeros de trabajo, los lugares donde nos divertimos, las calles preferidas o el café de siempre.

Así vamos recobrando nuestra pulcritud, pero nos aterra la idea de volver a usar la mejor idea del hombre argentino en Buenos Aires. Creemos nuevamente en la justicia, en el amor, en el progreso y en la vida.

Esto lo comprendí en Oruro. Ahí se lucha por la vida. Es considerablemente y es preciso defender el territorio. Por otra parte, no resulta estar en un espacio tan estrecho los seis días del viaje.

Indios, cholos, blancos, niños, ancianos, sus vestimentas típicas invaden el tren. Los pasillos. Nadie mira a nadie; todo el mundo se siente cómodo. Y de esta manera, delante de varias familias de cholos y un minero silencioso, primero se sentó a mis pies, ellos y finalmente comenzó una seria y silenciosa lucha en un sordo y empecinado empuje.

taba dispuesto a desplazarme. Yo, para no ser menos, empujaba contra él. Realmente a la media hora era cosa de que uno de los dos muriera para dejar el lugar al otro.

Se me ocurrió entonces ofrecerle un cigarrillo. El hombre miró por el rabillo del ojo el atado. Sacó un cigarrillo. Yo tomé otro. Los encendimos y a la primera bocanada iniciamos una especie de balbuceo con el cual intentamos informarnos mutuamente sobre nuestras vidas. Tuvimos así un rudimentario gesto de cortesía. Luego ya no hablamos más, pero la presión del hombre había cedido.

Fue el triunfo del amor, la comprensión, la justicia, y aun faltaban 5 días de viaje para retornar a Buenos Aires. Un raro derroche de bondad y bonhomía nos asalta cuando reasumimos nuestra actitud porteña. Hasta lo decimos: "Yo no me llamo un asiento".

Pero súbitamente se detiene el tren. Varios pasajeros saltan del mismo y corren hacia la locomotora. Le ponen serpentinas y papel picado y la rocían con cerveza. Ahí quedó el monstruo de la máquina jadeando, pero con un dejo de simpatía. Al fin un silbato y todos corren para subir nuevamente al tren. Cosas del carnaval, la *challa*. Indudablemente también esto era un derroche como el nuestro. ¿Pero de qué? De vida y creencias. ¿También ellos podrían decir: "No nos llamamos un asiento", verdad?

Y al fin La Quiaca. Hemos cruzado la frontera. Ya estamos con un pie en casa. En los labios nos brota una zamba. Compramos unas empanaditas en la estación. Respiramos el orden y la paz, y pensamos en los cuatro

días que nos faltan para volver a la civilización, el progreso. Y hasta nos damos pronombres: "ellos y nosotros". nuestro, allá en Buenos Aires vuelve mientras que "ellos" se quedan aquí.

Esto de "ellos y nosotros" me ha pasado una vez que me hallaba a la orilla del lago cuando un indio que venía cantando en sereno se detuvo tras golpear un tacho. Me escondí entre los escasos árboles que había en el lugar y me acerqué al agua, llena su tacho, levanta su cabeza y dice unas frases y se vuelve, siempre cantando, hacia el árbol. Qué raro empeño en mantenerse firme yo y el indio.

Pero reaccionamos. Eso de la Quiaca, pero no en Buenos Aires. No es la Quiaca ciudad. En ella tomamos las cosas tan sólo cuatro días.

Al fin llegamos. Ahí estamos en "nosotros". Respiramos hondamente, hablamos a todo el mundo y comemos cosas deliciosas. El viaje al altiplano siempre nos excedemos en nuestra defensa del idioma. El indio nos dice azorado: "¿Pero no nos vamos a perder el taparrabo?"

Al fin pasa el tiempo y ya no contamos con la nuestra tarea y caminamos por la frontera. "Nosotros"... ¿Qué quedó de ese nosotros?

Eso lo dijimos en La Quiaca. ¿Y ahora que el transeúnte pasa y nos atropella dis-

tamos: "¿Por qué no mira por donde camina, animal?" Y en seguida nos damos vuelta al amigo que nos acompaña, y le decimos: "Esta gente ya no sabe caminar". Qué curioso: cuando pensamos *nosotros*, ¿en verdad pensamos *yo y la gente*? ¿Qué pasa? ¿Somos seis millones de habitantes y cada uno piensa que es un *yo* y que el resto es *la gente*? ¿Estaremos como en el lago Titicaca escondidos detrás del árbol y viendo lo que hacen los otros indios?

Pero nos queda el recurso de decir que somos individualistas. Si fuera así ¿por qué levantamos la voz y crispamos un poco el puño cuando decimos *yo pienso, yo escribo, yo mando*? ¿Será para darle más fuerza a ese *yo*, para que pueda pensar, escribir o mandar? ¿Y para qué tanta fuerza? Pues para ocupar un lugar en la gran ciudad. ¿Lo mismo que aquel minero en el tren, con la misma sorda y silenciosa insistencia?

Aun así, podríamos insistir en que de cualquier manera tenemos que progresar y hacer cosas en Buenos Aires. Esto es cierto, pero ¿cómo lo hacemos? Sustituyendo sólo lo blanco por lo negro y diciendo que hay que hacer bibliotecas cuando no las hubiera, o empedrar las calles si son de tierra, o imponer la cultura, aunque sea a la fuerza. Y todo esto con esa sencillez beatífica del chico que siempre encuentra los errores a los adultos. ¿Demasiado simple, verdad?

¿Pero estamos o no en el paraíso que soñamos cuando volvíamos en el tren? Decir que no, sería ponernos aquel *taparrabo* del dicho porteño, y nosotros no estamos dispuestos a ponerlo. Aquí de ninguna manera so-

mos indios. Somos cultos y progresistas del árbol, con vergüenza y miedo.

Además, aquello del taparrabo me trae un episodio de Adán. Como Adán se ha ido del paraíso, lo echaron y entonces tuvieron que ponerse un taparrabo. ¿Por qué? ¿Porque nosotros nos negamos a volver a poner el taparrabo? ¿Porque se nos prohibió el paraíso, igual que se nos prohibió eso también que no lo encontramos en Buenos Aires? Apenas si nos queda ese taparrabo cuando decimos *amigazo*, por ejemplo. ¿Porque de una gran familia, en la cual podíamos haber sido eso mismo que decíamos cuando creíamos que en La Quiaca, pero que ahora, a los pocos años se ha perdido.

Recuerdo la última mirada que eché desde el tren de la Quiaca. Allá estaba Villazón, montañas áridas, con sus indios tímidos encerrados en las ciudades trabajando como bestias; cuando llegaban empujaban en los trenes a los turistas, y sus camiones a modo de armas secretas. Yo y su aymarú para pensar las cosas a lo largo de un fin un mundo de esfuerzo, de heroísmo, luchando deteniendo siquiera un tren. Cuando la locomotora, todos heroicos, silenciosos, invadía entonces una rara sensación de libertad. ¿Habían echado, como si no nos necesitaban, el tren segregado desde el primer momento de su tierra, y sin embargo con esa firmeza de haber dejado ahí la mitad del hombre,

frontera, del lado de ellos, y de que nos habíamos venido sólo con la otra mitad, la que llamamos *nosotros*.

Alguien podrá decir escandalizado que del otro lado de la frontera había indios que lloraban en las iglesias; o esperaban en las chicherías que crecieran sus mieses, su mundo o su dios; o niñas como Julia que correteaban entre las ruinas y llevaban al lado su rostro con el labio leporino, y que todo esto no pasa entre nosotros.

Sin embargo, nos pasamos varias horas en el café viendo desfilar la gente, nos vamos el domingo al fútbol y el sábado nos jugamos entero en algún baile al compás de un tango. ¿De qué lado de la frontera está esto? ¿Acaso no está también del lado de allá?

Y qué decir cuando encendemos un cohete la noche del 31 de diciembre: pues ahuyentamos precisamente un viejo tiempo que duró 365 días para que venga el nuevo. Hace medio millón de años que la humanidad lo juega así. ¿Para qué? Para cruzar la frontera y dejar de un lado los pies y pasar al otro con la sola cabeza. ¿No es lo mismo? Y cómo anhelamos de que ese nuevo año sea mejor. Hasta lo hacemos mejor simplemente deseándolo así: para que se nos asome el paraíso, por si pasa, para estar del lado de allá de la frontera.

¿Y todo esto no es jugar al indio otra vez? Realmente ya no sé qué pensar. Parece que al volver a Buenos Aires, volvíamos a Bolivia, y al viajar a Bolivia descubrimos a Buenos Aires. Seguramente debemos ser una misma cosa y nadie nos contó que era así. Qué empeño en separar las cosas en América y qué maravillosa capacidad para escabullir el fenómeno del hombre.

¿Pero qué es un ser humano? ¿O  
estar a medias en un lugar muy li  
un ser humano también es el que  
che, a la suciedad, a la fe, para ven  
con su otra parte, la que perdió al  
ra? ¿Si sólo queremos vivir, entonc  
ran en dos bandos: por un lado lo  
los limpios?

Pero si es cosa de ofrecer simp  
para que todos recobremos nuest  
dejemos de empujar. Claro que par  
detrás del árbol. Pero a todos nos  
dos porque tenemos mucho miedo

**ENCUENTRO N°6**  
**“HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA. LOS GRIEGOS”**  
**PROF. ROBERTO TORTORELLA**

¿Qué temas trataremos en este encuentro?

- 1) Aproximación a las nociones de historia e historiografía. Autor, texto, obra, tradición, escuela, corriente y contexto socio-histórico.
- 2) Los historiadores de la Grecia Antigua (siglos V y IV a. C.): rasgos de su producción.

¿Qué tengo que hacer previamente en casa?

Lectura comprensiva del texto seleccionado para la clase: \*Regalado de Hurtado, Liliana: Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío, Lima, PUCP, 2010, pp. 19-46.

¿Qué actividades realizaremos en clase?

Luego de una presentación general del tema a cargo del docente, se procederá a la resolución grupal de consignas en torno al texto propuesto. A continuación, se socializará la discusión de los pequeños grupos con el grupo total.

LILIANA REGALADO DE HURTADO

# HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL

Un tránsito por los predios de Clío



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

## capítulo I Los estudios historiográficos

«Historia es el quehacer de los historiadores, y por tanto delimitar sus nombres, sus obras, avanzar [sic] su tiempo y pesquisar en sus ideas teóricas es adelantar en el conocimiento de esta disciplina»

Carlos Rama

A comienzos del siglo XX la historiografía estaba todavía marcada por una concepción de la historia según la cual la tarea del historiador era establecer los «hechos históricos», relacionarlos y exponerlos de manera ordenada. Por cierto, tales acontecimientos se establecían a partir de los datos ofrecidos por las fuentes documentales y, en consecuencia, la historiografía era la expresión de una «historia historizante» o «historia episódica». Es decir, el producto de una realidad exterior que se imponía sustancialmente al investigador<sup>1</sup>.

Sin embargo, en el pensamiento occidental ya se había producido un rechazo al positivismo con la propuesta de que lo singular debía ser comprendido como una manifestación de la interioridad individual. También había aparecido, por ejemplo, en la historiografía alemana, la noción de comprensión. Asimismo, se distinguía entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, contándose a la historia entre las segundas y, en suma, fue quedando claro que si bien los esfuerzos de los historiadores se dirigían

---

<sup>1</sup> Desde aproximadamente 1780 el concepto de historia (*Geschichte*), que hasta entonces solo aludía al acontecer, absorbe al correspondiente concepto de historia (*Historie*). Desde entonces, en el lenguaje ordinario hay un único concepto común tanto para la realidad experimentada como para su conocimiento científico: la *Geschicht* (Cardoso y Pérez B. 1997: 25; Koselleck 2001: 45-46).

como siempre a dar cuenta del pasado, este no era aprehensible intelectualmente sino desde el presente (Zermeño 1996). En tales condiciones, las corrientes de análisis centradas en lo factual fueron cuestionadas y abandonadas por un número importante de académicos de diversas disciplinas, incluyendo a la historia, y se terminó produciendo la que puede ser llamada la revolución historiográfica del siglo XX, para continuar en nuestros días con la discusión acerca de la teoría, los métodos y la práctica histórica en su conjunto<sup>2</sup>. En todo caso, la historiografía se perfila como un subgénero dentro de la disciplina histórica para estudiar lo que se ha producido en el campo de la historia y también cómo se ha pensado a la historia misma a lo largo del tiempo.

En este nuevo contexto, al historiador contemporáneo consciente de estas transformaciones se le hace indispensable el conocimiento y evaluación de la historiografía desde el periodo auroral de la disciplina histórica y tomar en cuenta la historicidad de las obras históricas, así como disponer de los conocimientos necesarios acerca de cómo y por qué se escribió la historia a lo largo del tiempo; descubrir los «paradigmas históricos» y los «metatextos» que están detrás de los discursos históricos vigentes en cada una de las épocas por las que ha atravesado la historiografía occidental y contextualizar —situar históricamente— a la producción histórica<sup>3</sup>.

Es preciso mencionar que todo ese esfuerzo le sirve también al historiador para realizar a la par un ejercicio de autorreflexión, a fin de mostrarse a sí mismo de qué manera vive la experiencia de estudiar el pasado y con qué bagaje intelectual, cultural y emocional emprende esa tarea.

De otro lado, es realmente importante tomar en consideración que resulta muy difícil diferenciar a la investigación histórica, cuyos resultados se expresan en proposiciones o declaraciones individuales acerca del pasado, de la escritura de la historia, que debe ser entendida más bien como un esfuerzo destinado a

---

<sup>2</sup> Puede consultarse Regalado (2002 y 2007).

<sup>3</sup> «Se entiende por paradigma histórico el modelo de pensamiento o diseño en cuyo marco se desarrollan las representaciones del acontecer histórico. No son tan sólo simples construcciones ideológicas, sino que se apoyan también en hechos esenciales y en experiencias colectivas. Pueden configurarse como estructuras del desarrollo de la historia, pero allí donde la ciencia puede evolucionar libremente se forman varios diseños ideológicos en concurrencia» (Nolte 1995: 131). Entiéndase en este caso por «metatexto» a aquel que forma parte, junto con los textos, a la llamada tipología textual institucional. Mediante el metatexto los propios practicantes definen su actividad y los rasgos o propiedades que los textos deben tener para pertenecer a una determinada clase (Mignolo 1981: 361). Dicho de otra manera, son las características metatextuales las que hacen que un texto sea histórico y, naturalmente, ellas varían con el tiempo, así por ejemplo en los siglos XVI y XVII el género cronístico se identifica con el histórico.

integrar los resultados de la investigación al conjunto del texto —discurso— histórico. Esto quiere decir que el texto producido por los historiadores siempre resultará

paradójicamente connotativo y denotativo a la vez y, en esa medida, descripción, narración e interpretación siempre estarán unidas.

## 1.1. ¿Qué es la historiografía?

Tradicionalmente se ha descrito a la historiografía como «el arte de escribir la historia», «todo lo concerniente a los escritos históricos», «el conjunto de las obras de los historiadores» o «la historia de la historia». Sin embargo, como adelantáramos de alguna forma en los párrafos precedentes, nos damos cuenta que la historiografía es algo más complejo que lo que se pretende abarcar en las fórmulas citadas. Para esclarecer el concepto, seleccionaremos dos elementos contenidos en esas «definiciones»:

- Material escrito: en este caso no estamos haciendo referencia a la documentación o material escrito consultado por el historiador, sino a lo escrito o producido por él mismo y que, asimismo, es el resultado de su trabajo de investigación, selección, crítica —síntesis incluida—, la exposición de su material —bibliografía y fuentes— y opiniones —reflejadas a veces en conclusiones—. De cualquier manera, no hay que olvidar que todo escrito histórico es naturalmente una operación de comunicación, es decir, que tiene destinatarios y por esa razón la escritura de la historia es una elaboración que supone también lo que el lector sabe antes de tomar contacto con el texto histórico. Por consiguiente, la difusión de un trabajo historiográfico y la manera cómo ha sido recibido por distintas comunidades de lectores en un momento determinado o a lo largo del tiempo es un asunto importante de contemplar, a pesar de que no siempre pueda hacerse efectiva esta operación.

En la época actual, cuando hablamos de «material producido por el historiador» nos encontramos obligados a considerar no solo la obra impresa sino también aquella que se da a conocer a través de otros medios, como el soporte electrónico o informático, audio visuales, etcétera, si bien es cierto que el análisis de los mismos debería merecer un tratamiento diferente según cada caso. Considerando además, que en la mayoría de las veces, por no decir en la totalidad de ellas, esta producción se orienta a la divulgación y suele resultar un derivado —bajo la modalidad de fragmentos o resúmenes— de los trabajos impresos.

- Exposición histórica: la historiografía está íntimamente ligada a la exposición histórica. Es la obra del historiador en su aspecto más tangible, implica el camino elegido por él para ordenar, dar forma y poner a consideración de otros los frutos de su trabajo. De alguna manera, la forma de exposición responde a los objetivos y hasta a la forma cómo el historiador concibe su método y la esencia de su trabajo. En lo relativo a las maneras de exponer, es decir, el estilo, la historiografía se vincula con la literatura. Sin embargo, el asunto va más allá, sobre todo en nuestros días, ya que, por ejemplo, Hayden White ha vinculado las formas de exposición historiográficas con el pensamiento histórico. Agregaremos algo más sobre esos aspectos en el párrafo siguiente.

### 1.1.1. aproximándonos a una respuesta

Reiteremos que la historia es un conocimiento situado y por esa razón la historiografía es más que el inventario de autores, obras y tendencias, ya que para algunos especialistas en la materia y con quienes estamos de acuerdo, ir más allá del inventario —necesario al fin de cuentas— supone referirse al conocimiento histórico en tanto reúne a la cosa, al hacedor y a las circunstancias de su producción. Ciertamente, la historiografía desde sus orígenes ha sido inseparable de la escritura, lo que se afianzó todavía más durante el transcurso del periodo que llamamos moderno.

Ya en 1599, Henri de La Popelinière estudió las relaciones entre los políticos y los historiadores en su *Historia de las Historias*, indicando al mismo tiempo la necesidad de tomar en cuenta la

procedencia social de los segundos. Postulaba que la historiografía había pasado por cuatro etapas: poesía, mito, anales y, finalmente, una historia filosófica y exacta. La historiografía, como campo de estudio dentro de la disciplina histórica, nació en realidad mucho tiempo después, en el siglo XIX, sobre la crítica acerca de la historia llevada a cabo por filósofos, sociólogos y los propios historiadores, y alrededor de la reflexión y discusión de temas como la objetividad, los hechos, las leyes del desarrollo y el progreso.

En este punto es interesante recordar que a fines de la decimonovena centuria los historiadores franceses Langlois y Seignobos plantearon que la escritura de la historia había evolucionado desde la Antigüedad hasta la época en la que ellos se encontraban situados de la siguiente manera: en la Antigüedad la historia se entendía como la narración de los hechos memorables y su marco corriente era la biografía de un personaje o el desarrollo de un pueblo, de tal manera que los hechos se ordenaban cronológicamente y el historiador se proponía agradar o instruir por lo que la historia constituía un género literario. Durante el Renacimiento se imitará a los antiguos, pero los historiadores escribirán bajo la influencia del pensamiento cristiano. Recuerdan, asimismo, que es en este periodo cuando se introdujo la costumbre de añadir notas al texto en los libros impresos.

Pero creemos que lo cierto es que desde comienzos de siglo XX y más específicamente, al iniciarse su quinta década, se ha incorporado como tema de la ciencia histórica el estudio del desarrollo de su propio desenvolvimiento: la historiografía o historia de la historia que abarca la revisión de cómo se han desarrollado sus aspectos teóricos y metodológicos, las variaciones en cuanto a temas y perspectivas, sus formas de exposición o escritura de la historia, los contextos académicos y sociales de su producción y, naturalmente, a los propios historiadores vistos de manera individual, formando parte de escuelas o siguiendo tendencias.

Sin embargo, en el último tercio de la vigésima centuria, sobre todo a partir de reflexiones como las de K. Pomian, quien en 1975 publicó en la revista *Annales* el artículo titulado *L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire*, se planteó la necesidad de hacer una historia de la historia que coloque en el centro de sus investigaciones a la interacción entre asuntos como el conocimiento, las ideologías y las exigencias de la escritura. En suma, la vinculación de los aspectos diversos y a veces discordantes del trabajo del historiador para de esa manera establecer un puente entre una historia del conocimiento y de los diferentes usos que se hacen de él.

Asimismo, desde 1928 se ha usado —aunque esporádicamente— el término «historiología» para referirse a la teoría de la historia, es decir, a la discusión de las cuestiones epistemológicas relacionadas con el quehacer historiográfico; pero también a todo lo referente a la interpretación o hermenéutica histórica<sup>4</sup>. Debemos entonces decir que no abrigamos ninguna duda acerca de que todo análisis historiográfico se las tiene que ver con una aproximación hermenéutica para intentar calar en el sentido del discurso histórico y el régimen de verdad que maneja el historiador productor del texto.

Ningún estudio de carácter historiográfico resultará ajeno a la filosofía de la historia y hay que decir que a esta noción se le ha dado diversos sentidos a lo largo del tiempo. Apareció con Voltaire en 1765 en su trabajo *Filosofía de la Historia*, publicada entonces bajo seudónimo, y que cuatro años más tarde se convirtió en el prólogo a su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Hoy la noción suele emplearse como sinónimo de teoría de la historia, aunque la expresión ha adquirido tres usos distintos a saber:

- Una crítica histórico-política sobre la propia época y, en general, sobre el proceso de gestación y expansión mundial del Occidente moderno. Este es un empleo que se adjudica a Kant, Hegel, Marx y Nietzsche; en el siglo XX a Weber, la Escuela de Frankfurt, Hannah Arendt y Foucault, entre otros.

---

<sup>4</sup> Ortega y Gasset empleó este término en su trabajo «La Filosofía de la Historia de Hegel y la Historiología», publicado en 1928. En Ortega y Gasset (1983, tomo IV).

- Una reflexión epistemológica sobre el estatuto científico de la historiografía y, en general, de las ciencias humanas, dejando que estas se ocupen de explicar o comprender la vida de los seres humanos. Es el uso que se atribuye a Comte, Stuart Mill, Ranke, Dilthey, Windelband y Rickert y también a los integrantes del llamado Círculo de Viena, la filosofía analítica y los *Annales*.
- Un análisis ontológico sobre la historicidad como horizonte trascendental de la vida humana y, por lo tanto, como condición de posibilidad de nuestra experiencia de mundo. Así la habrían entendido en el siglo XX la fenomenología, la hermenéutica, el existencialismo y la deconstrucción, desde Husserl hasta Derrida, pasando por Heidegger, Jaspers, Gadamer y Patocka; lo mismo que Sartre, Merleau-Ponty, Lévinas y Ricoeur. En todo caso, se opina que la filosofía de la historia debe articular entre sí las perspectivas ontológica, epistemológica y crítica (Campillo 2000: 17-18).

### 1.1.2. el campo de estudio de la historiografía

Visto todo lo anterior insistamos una vez más en la idea de que la historiografía no se agota en la posibilidad de una mejor comprensión de las obras de los historiadores, sino que se proyecta al conocimiento de las sociedades en las que los autores se desarrollaron y al entendimiento y análisis del propio desarrollo de nuestra disciplina, sus métodos y bases teóricas. Consideremos también que el análisis historiográfico debe comprender, de manera fundamental, el sentido del devenir histórico y el significado de la forma cómo se expresa esa imagen del pasado que el historiador nos ofrece en su obra. Dicho en palabras de Umberto Eco:

Toda práctica semiótica se ejerce sobre alguna forma de ausencia o, si se quiere, de lejanía. Entonces la historia podría entenderse como la práctica semiótica por excelencia, toda vez que nombra, y para hacerlo reconstruye contando lo que ya no está, pero partiendo de algo que no se ha quedado. De este modo, si el hombre es por definición un animal semiótico es también por definición un animal histórico (Eco 1994: 11).

Se puede contemplar entonces que el estudioso de la historiografía, es decir, el historiógrafo, debe aplicarse a la tarea de estudiar a la disciplina histórica desde su producción escrita. Para hacerlo deberá considerar el análisis de (los) discurso(s) histórico(s) que subyacen en una obra, una época de producción, una escuela o tendencia según sea el caso. Tal operación no tendría que dejar de lado revisiones de carácter hermenéutico como tampoco la apreciación del marco general que ofrezcan las ideas vigentes en una época o la manera cómo un discurso histórico las refleja o se aparta de ellas.

### 1.2. el material sujeto a análisis: el autor, el discurso histórico y el contexto de su producción

En este apartado trataremos de manera bastante simple los asuntos indicados en su título, puesto que en el capítulo séptimo, cuando abordemos el panorama de la historiografía actual, trataremos más extensamente lo concerniente a los llamados giros lingüísticos, historia conceptual, análisis hermenéutico, relatividad de las verdades historiográficas, etcétera. El motivo para hacerlo de esta forma es que consideramos que tales cuestiones podrán ser mejor explicadas si son presentadas en esa parte de este libro.

Como hemos dicho, el material básico sobre el que se aplica el análisis historiográfico es lo producido —principalmente lo escrito— por el historiador, si bien es plenamente conocido que en la actualidad los medios a través de los cuales el historiador da a conocer el resultado de su indagación acerca del pasado, junto con la explicación e interpretación del mismo, son variados. Estos pueden ser orales —disertaciones o conferencias—, audiovisuales y electrónicos, pero la forma de comunicación y expresión del historiador es hasta ahora y sin lugar a dudas el lenguaje escrito. Pero ese material no puede ser estudiado de manera simple sino todo lo contrario, debido a

que tiene que ser visto en relación a su autor, a su forma y contenido —la forma de exposición y al discurso histórico, respectivamente— y según el contexto —condiciones y circunstancias— de su producción.

En tanto autor de su obra el historiador juega obviamente un papel sustantivo que, sin embargo, no puede ser revisado de manera aislada, sino más bien en estricta vinculación con la forma y contenido de su trabajo, considerando también que el historiador actúa en términos de un contexto que lo afecta y sobre el que ejercerá influencia. Importa así su biografía, su medio académico y social, sus experiencias, motivaciones, intereses, etcétera. No olvidemos que es su subjetividad la que subyace en su discurso, él elegirá el asunto del pasado materia de su estudio, sus fuentes, lo mismo que los presupuestos teóricos y metodología de los que hará uso para emprender su trabajo. Además, claro está, de la forma de exposición y estilo que utilizará para darnos a conocer de qué manera ha mirado y analizado el tema elegido. La figura del historiador en tanto autor se nos presenta variada a lo largo del desarrollo de la disciplina histórica, pues ha optado o pretendido ser: testigo-narrador, erudito-descriptor de los hechos pasados, obediente seguidor de doctrinas, defensor de distintas causas, objetivo estudioso del ayer, etcétera, y esa diversidad de opciones han supuesto también diferentes perspectivas sujetas no solo a la elección individual de cada historiador, sino que también han obedecido a las orientaciones señaladas por una tendencia o escuela historiográfica.

Es evidente que al estudiar a la historiografía es posible apreciar cómo ha ido variando la forma de exposición a través de diferentes estilos: narrativo-descriptivo, estético-retórico o científico-formalista. Por lo tanto, son reconocibles en nuestra disciplina las diversas formas de exposición que no deben entenderse separadas de los propósitos o, en todo caso, a la orientación seguida por los historiadores a la hora de dar a conocer su trabajo. Es así que, por ejemplo, la forma de exposición narrativa, que como su nombre lo indica, supone el empleo de una trama narrativa, en los albores de la disciplina y, por largo tiempo, tuvo que ver con el relato coherente de los acontecimientos que merecían ser recordados. Orientada primero al esfuerzo para comunicar «lo real» del suceder histórico, estuvo venida a menos a partir de la renovación historiográfica de la primera mitad del siglo XX, cuando se la identificaba como una historia descriptiva y «de acontecimientos». A partir de la segunda mitad de la mencionada centuria ha vuelto a ser empleada y revalorizada, debido a que la historiografía empezó a admitir que en su discurso se encontraba la presencia de una subjetividad emanada del historiador, pero también de los propios autores de los testimonios, así como que la escritura de la historia es un acto comunicativo. Por otro lado, la llamada historiografía orgánica sería aquella que se pretende más racional, «científica» u objetiva, en tanto busca recuperar lo real. A diferencia de la narrativa procura eliminar lo retórico, lo estético o sentimental y su estilo parecerá severo y conciso, muchas veces cargado de cuadros, gráficos y estadísticas.

De cualquier manera, las formas de exposición no siempre se dan de manera «pura», sino muchas veces se emplean algunas combinaciones de ellas y lo cierto es que toda forma de exposición debe ligarse a los objetivos perseguidos por el historiador y cómo desea relacionarse con sus lectores e incluso se vincula a su método y, en última instancia, a la concepción que tenga acerca del conocimiento histórico.

Este asunto nos lleva al tema del llamado discurso histórico, cuyas características reposan en un conjunto cuyos elementos suelen ser: teoría, ideología, valores, usos e intereses de la época. Este asunto ha sido explorado por varios autores, entre ellos Hayden White, quien ha estudiado la relación entre pensamiento y discurso históricos, enfatizando las formas o modos de exposición —específicamente las formas narrativas— empleadas en los casos seleccionados por ese autor, para referirse al pensamiento histórico y la historiografía del siglo XIX<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Nos referiremos al trabajo y planteamientos de White en la sección respectiva de este libro.

En todo caso, es evidente que en la práctica muchos han sido y seguirán siendo los acicates para escribir historia, desde las formas más elementales de registro hasta los trabajos más elaborados y, por mencionar a algunos, tomemos en cuenta por ejemplo a los intereses religiosos y morales. En el primer caso se trata de los relacionados con el culto, como las cronologías y los calendarios, tal es el caso de los *Annales Maximi*, elaborados y utilizados en la llamada Antigüedad clásica; y en el segundo, tenemos el ejemplo de la historiografía medieval. Naturalmente también han de contarse los intereses políticos que suelen producir una historiografía dirigida a explicar determinados actos o situaciones públicas, orientar la acción, etcétera. De otro lado, los intereses humanísticos que persiguen la comprensión de lo humano con matices y formas diversas suelen manifestarse desde la biografía hasta el estudio histórico de toda una sociedad. No menos frecuente ha sido que, a través del discurso histórico, se hayan perseguido propósitos orientados a legitimar el ejercicio de un poder determinado o convalidar situaciones sociales específicas. Así, tenemos los casos de la historiografía política de la Antigüedad cuando debía fundamentarse una nueva entidad cívica: la polis expansionista. Más adelante, en la Edad Media, ese poder tendrá que ver con la Iglesia y los clérigos escribirán la historia, dándole un sentido moralizante impregnando de un sentido teológico a la visión acerca del devenir humano. Cabe señalar que alrededor de los siglos XIII y XIV cambia el poder, desplazándose de lo religioso a lo político. Es este un momento en el que la historia se seculariza y los poderes dominantes entonces la usan para legitimarse, por lo que en el discurso histórico temas como los de las casas reales, la prosapia de los señores o el origen de las ciudades serán relevantes. Es la época de los cronistas que hacen apología de los nobles. Un ejemplo de ello es el caso protagonizado en 1437, cuando Jean Chartier, un monje de la abadía de Saint Denis, hizo de historiador oficial con cargo rentado por el Estado durante el reinado de Carlos VII; por lo que puede decirse que a comienzos del siglo XV la historia estará respondiendo a un tejido social donde lo patriótico y su defensa importaban de manera muy particular.

Para el caso del siglo XX hay quienes consideran que los discursos históricos de dicha centuria pueden ser diferenciados en dos momentos: el posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando el discurso dominante fue el económico, debido a la expansión del capitalismo y el desarrollo del imperialismo. Y la etapa que se abre después de la Segunda Guerra Mundial (aunque para algunos ese momento se inicia en el campo de la historia en el periodo de entre guerras), a partir del surgimiento del movimiento de los *Annales*, cuando la historia logra captar los *mass media* y comienza a adaptarse a sus códigos y normas, y se convierte en una historia de la cultura material, etnográfica y descriptiva, donde lo central —los eventos políticos— ha perdido peso y el interés de los historiadores se traslada hacia lo marginal o periférico. La época en la que el mundo comunicado y globalizado, sobre todo en el último tercio de la vigésima centuria, es la expresión del poder de los medios de comunicación y a ese poder se ha vinculado también el discurso histórico (Rodríguez 1998: 71-73).

Finalmente, debemos puntualizar que a la hora de hacer el estudio del contexto o circunstancias de producción de un trabajo histórico se debería partir de la consideración de que sobre el historiador y su obra pesan tres tiempos:

- Personal, vinculado a la propia vida del historiador. Es decir, asociado a su biografía y las transformaciones de su propio modo de ver las cosas;
- Social, el de la vida que se desarrolla en torno al historiador en su contexto; y,
- Pretérito, puesto que su propia actividad lanza al historiador al pasado, tiempo donde se encuentra su objeto de estudio.

Por eso es que dos tiempos, el pasado y el presente, dialogan a través del historiador, quien ofrece a la sociedad una percepción del tiempo pretérito que es el resultado de los temas que abordan y de sus propios valores e interpretaciones, a lo que debe agregarse su experiencia cultural, el contexto social y el ambiente académico del que forman parte. «El tiempo, la vida y el

pensamiento del autor están presentes en el relato, de la misma manera como el poeta o el narrador de ficción aparecen en sus textos» (Burns 1978: 409; Matute 1986: 12).

Y al hablar de tiempo e historiografía parece oportuno indicar que el ámbito de lo social es un elemento más que sustenta el valor de los estudios historiográficos. Bastará en este caso mencionar lo dicho por Koselleck:

Es fácilmente verificable la hipótesis de que cambios comprobables en el ámbito social o político coinciden con innovaciones metodológicas. Experiencias concretas plantean preguntas nuevas y las preguntas nuevas provocan nuevos caminos de investigación [...] Pero igualmente ocurre que a partir de nuevos métodos se deducen nuevas experiencias, porque en última instancia se trata de una circularidad sociocientífica indiscutible [...] historia e historiografía, realidad y su procesamiento consciente están siempre complicados, se justifican recíprocamente, sin ser absolutamente derivable uno de otro (Koselleck 2001: 48).

No hay que olvidar que el campo de la historiografía es enormemente amplio y variado, pues con frecuencia ingresan al quehacer histórico especialistas y teóricos de otras disciplinas en tanto se ocupan o toman en cuenta asuntos históricos. Pero también están aquellos quienes reconociéndose a sí mismos actores de hechos o procesos históricos importantes, a la manera de muchos de los escritores de la Antigüedad, construyen memorias y recuentos interpretativos acerca del pasado. Al final de cuentas todos ellos enriquecen nuestra disciplina con sus aportes y puntos de vista.

Asimismo, considerando la periodización universal más usual del curso del devenir histórico, tendríamos una historiografía dividida por etapas, es decir: clásica o antigua, medieval, moderna y contemporánea. No deja de ser cierto que de manera particular se puede hacer el estudio de la historiografía por culturas y países, v.g historiografía occidental, hispanoamericana, oriental, o historiografía francesa, alemana, inglesa, peruana, o por tendencias y métodos: historiografía erudita, ilustrada, positivista, de los *Annales*, etcétera.

De cualquier manera, hay que dejar sentado que ciencia de la historia e historiografía no son sin más lo mismo, debido a que la ciencia histórica tiene también posibilidades diferentes de perseguir sus finalidades científicas, ya que un historiador podrá llevar a cabo la edición y crítica de fuentes, efectuar estudios metodológicos, etcétera. En suma:

La historia de la historia, incluso en sus primeros capítulos, aparece hoy como el revelador privilegiado de los mitos, de los valores, de los gustos, de los sistemas de pensamiento de una civilización, de una nación o de un grupo [...] La historia de la historiografía prueba con creces que el historiador ha sido y sigue siendo, de manera más o menos consciente, de manera más o menos lograda, un escritor, o un filósofo, o un servidor del Príncipe —del Emperador o del partido [...]— o un educador preocupado por la edificación, o [...] o [...]. El historiador es siempre y en todas partes un hombre condicionado, cuya obra se sitúa en un contexto cultural que le limita (Carbonell [1988] 1993: 15).

### 1.3. el análisis historiográfico y su importancia

Silvio Zavala comparó la tarea del historiador con la del artesano. Se refería, en mi opinión, a aquel especialista que perfiló la orientación de nuestra disciplina en el siglo XIX, es decir, el «historiador de oficio», cuya formación es especializada, pero requiere entre otras cosas experiencia e imaginación. Por lo tanto, se debe distinguir entre el historiador «que hace su oficio» —escribe sus obras— de aquel que se especializa en examinar las posiciones de los historiadores en el tiempo o la de los tratadistas de la historiografía. En la actualidad, afirmaba el historiador mejicano mencionado, el puro campo de estudio de la historiografía es amplísimo y no puede ser dejado de lado por los historiadores. Sin embargo, esta manera de entender la relación entre historia e historiografía o entre historiadores e «historiógrafos» actualmente parece sino falsa, por lo menos limitante. En primer lugar, porque a nuestro juicio, todo historiador debe aspirar a ser de alguna forma un «historiógrafo» en beneficio del propio enriquecimiento y de la obligación de

autorreflexión que debería asumir para vérselas constantemente con la evaluación de sus teorías y métodos. En tal sentido, resulta indispensable resaltar una vez más la importancia de los estudios historiográficos. En segundo término, porque cualquier análisis historiográfico, desde la modesta reseña de una publicación histórica, pasando por el estudio de la trayectoria de un historiador de una escuela o tendencia en particular, etcétera, hasta las obras que analizan el curso más general de la disciplina histórica, requiere de un especialista sea historiador o filósofo de la historia.

El análisis historiográfico, en el sentido de la evaluación de la obra de los historiadores, es una tarea tan compleja como la que realiza cada historiador al componer su obra. Asimismo, supone el encuentro de dos perspectivas de análisis: la del autor, expresada en su obra, y la de aquel que la analiza y que debe dar como resultado una perspectiva dialógica, pues si bien la mirada del autor y del historiógrafo representan dos puntos de vista diferentes, el análisis historiográfico debe ser el fruto de un diálogo entre ambos discursos históricos. El resultado va más allá del conocimiento profundo de un trabajo, puesto que significa un esfuerzo hecho por alguien en particular en un momento dado, cuyo alcance será, en última instancia, entender el desarrollo mismo de la disciplina a través del minucioso estudio de un fragmento de ella. Todo tipo de estudio historiográfico que analiza la obra de los historiadores, desde las concisas reseñas hasta los tratados generales o los textos que analizan los trabajos por autor, escuela o tendencia, épocas y países, requiere «[...] apreciar en cada producción histórica el acervo de datos que suministra, sino que la analizan y valoran como producto humano integral, en el que está presente el historiador con sus ideas, con sus pasiones, con sus “parcialidades”, dadas por el lugar y la época en que la escribió» (Iglesia 1986: 30). Visto el asunto de esta manera, parece evidente que el análisis historiográfico debería ser considerado como una práctica muy importante dentro de la disciplina histórica.

Tampoco hay que olvidar que en la medida en que el «oficio de historiador» ha adquirido un perfil definido y que la disciplina histórica se ha afirmado teórica y metodológicamente hablando, en un largo curso de desarrollo, se ha hecho más indispensable tomar en cuenta la relación de cada historiador con sus pares o la comunidad de criterios que emana de los diferentes conjuntos académicos que se encuentran detrás de aquel «nosotros colectivo», que con frecuencia emplea el historiador al escribir sus obras.

De todas maneras, habiéndose dejado atrás el modelo historiográfico que se impulsó en el siglo XIX, más allá del dominio de competencias específicas como las de orden metodológico, por ejemplo, el historiador de nuestros días ha recobrado su perfil académico, que hace de él no un mero profesional —en el sentido de aquel que domina un saber y procedimientos especializados—, sino un intelectual en el sentido pleno de la palabra.

Finalmente, si tomamos en cuenta que el conocimiento histórico se ha nutrido y relacionado, de una forma u otra, con las diversas concepciones sobre el universo, la naturaleza o el saber, llegaremos probablemente a la certeza de que el estudio historiográfico puede ser muy importante en la tarea de comprender y analizar el desarrollo no solo de la disciplina histórica, sino para acercarnos mejor a los fundamentos teóricos esgrimidos por los historiadores y también a la propia filosofía de la historia.